La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 22 de febrero de 1892 — Núm. 530

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



D. ALVARO DE BAZÁN, estatua en bronce de D. Mariano Benlliure, que corona el monumento erigido en la plaza de la Villa, Madrid.

ADVERTENCIA

Con el número anterior hemos repartido á nuestros suscriptores el primer tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos,» profusamente ilustrada. El suscriptor á cuyas manos no haya llegado deberá reclamarlo al respectivo corresponsal ó repartidor.

SUMARIO

CRONICA DE ARTE

Las pinturas del *Hotel de Ville* de París. - El concurso de proyectos para un frontón destinado al nuevo edificio de la Biblioteca de esta corte. - La próxima Exposición internacional de Bellas Artes de Madrid.

Está terminándose el decorado pictórico del *Hotel de Ville*, de la capital de la república vecina, comenzado hace largos años. Veintidós pintores, muchos de fama universal, tomaron parte en aquel trabajo; algunas de las pinturas que cubren ó cubrirán los salones llamados de *las Artes*, de *las Letras*, de *las Ciencias* y de *las Fiestas* han sido reproducidas por los principales periódicos ilustrados de Europa y expuestas en los *Salones* de 1891 y 1890.

Divídese la decorativa de este edificio en *alegórica* tal y como se ha venido entendiendo hasta el presente género, y en *representativa;* aparte algún *cuadro*, como *La bóveda de acero*, de carácter episódico, de Juan Pablo Laurens, que ocupa un lugar en la sala comedor; y en la obra de este palacio se observa cómo la pintura *alegórica* va sufriendo transformación grande en lo que, según el vario concepto de clásicos - *realistas* y *servilistas*, - debe ser.

La tendencia dominante de la época actual, en todo orden de cosas, es, á pesar del positivismo, ó quizá por ese propio positivismo - hablo del científico, - buscar, así en el mundo de la filosofía, desde la más idealista hasta la más racionalista, como en el de las ciencias psico-físicas, como en las sociológicas, como en las históricas, bien soluciones concluyentes y prácticas, bien nuevas ideas y fórmulas que ofrecer, así á las necesidades del espíritu, cada día más cultivado y por ende más necesitado de conceptos sublimes, como á las de la materia humana, cada hora también más apremiada por la necesidad de una reconstitución á propósito para coadyuvar á la obra de la inteligencia.

De este movimiento complejo participa el arte. Cuando el antropomorfismo venció al telurismo, la representación del hombre produjo en Grecia y reflejó en Roma un arte en el que la serenidad y majestad de la figura humana estaban en consonancia con la importancia conquistada por la idea vencedora. Al revés aconteció en los siglos medios. El cristianismo imperó, absorbiendo toda manifestación intelectiva. Desde las condenaciones lanzadas de acuerdo con las leyes mosaicas contra las artes plásticas por el concilio de Ilíberi, hasta las prohibiciones de la misma índole, impuestas por el gran San Bernardo á los arquitectos y alarifes que construían los templos de la Orden á la cual pertenecía, produjeron á su vez otro arte, donde para ser aceptado el artista hubo de prescindir completamente del sentimiento que pudiera tener de la belleza de la forma; y atento tan sólo á reflejar el carácter de la época, su índole puramente dogmática, su espíritu, aquí en España especialmente, mezcla singular de místicas exaltaciones y de rudo y cáustico naturalismo, produjo esa imaginería é iconíctica que hoy estudiamos con más empeño que las crónicas de los tiempos aquellos en los cuales fueron ejecutadas tales obras.

Por eso, dentro del individualismo que hoy domina ó tiende á dominar en la producción artística, se observa, sin embargo, la tendencia positivista de los tiempos actuales, y la *alegoría* deja de ser, en gran parte, objeto de metafísicas lucubraciones, para adoptar formas é ideas completamente claras y precisas. Así, por ejemplo, en la sala de *las Fiestas* del *Hotel de Ville*, las *provincias de Francia* están representadas por tipos como el que personifica la *Normandía*, una robusta paisana admirable de verdad y de carácter. Y aun considerando las dificultades casi insuperables que se oponen á dar cabida en la pintura de *fondo* á este realismo, no por eso el espíritu científico del arte de hoy ha dejado por imposible su influencia en el género. El *Mundo estelar* y el *Arco iris*, representados por dos mujeres desnudas, de formas de un realismo clásico, contrastan con la que en el centro del techo de que hablo simboliza el *Fuego*, que todo lo purifica al propio tiempo que ilumina las tinieblas que lo rodean. El positivismo de esta pintura reside (aparte de la plástica) precisamente en la ninfa ó deidad representativa del fuego, la cual parece lanzada en medio de un torbellino donde todo es sombra. El escorzo, la violencia del movimiento, la atrevida traza, la fuerza de expresión, bien pudieran considerarse asimismo como esfuerzo hecho por el artista á favor del realismo moderno, y, es preciso no olvidarlo, ese realismo se llamó *arte decadente* en los tiempos en que esculpió el grupo Laocoonte y sus hijos.



ESTUDIO, de J. F. Engel

***

Cuando los lectores de La Ilustración Artística lean estas líneas, ya se habrá adjudicado definitivamente la ejecución del frontón de la nueva Biblioteca. Y digo definitivamente porque la votación del *pleno* de la Academia, adoleciendo como adolece de algunas incorrecciones de monta, dará lugar á nueva sesión, donde la protesta anunciada y no consentida por la presidencia de aquel cuerpo consultivo se llevará á efecto ahora.

La historia de esta tormenta artístico-académica es bastante curiosa y edificante. Figúrense mis lectores que antes de exponerse al público los proyectos ó bocetos para el citado frontón ó tímpano, remitidos á la Academia por los escultores Sres. Magallón, Trilles y Querol, corrió como válido el rumor de que se declararía desierto el concurso. La prensa lo acogió en sus columnas y logró que dichos proyectos fuesen expuestos. Reunido el Jurado acuerda, no solamente *haber lugar á la adjudicación* del premio, sino también adjudicárselo al presentado por Querol.

Indudablemente, la obra del autor de *La Tradición*, sin que alcance las lindes de lo sublime, está á una altura tan grande respecto de las de los señores Magallón y Trilles, que no hay lugar á discusión alguna; pues si cierto crítico pudo decir lo contrario, discúlpale su buen deseo y su desconocimiento - casi general en España - de lo que es y se entiende por *clasicismo* y *modernismo* en escultura; no tuvo por lo tanto el Jurado que calentarse mucho la cabeza para resolver en justicia, como efectivamente lo hizo. Pero - y aquí está lo gordo - á los académicos no individuos del tribunal calificador, especialmente á los que son escultores, les pareció muy mal lo decidido, y no pudiendo anular lo hecho, pusieron en juego todos los ardides electorales para derrotar en el *pleno* la propuesta de sus colegas de Academia. Contaron por los dedos los votos, y viendo que no reunían mayoría apelaron á un académico, enfermo hace años y completamente inutilizado intelectual y físicamente, llevándole en un coche á la sesión y subiéndole en brazos hasta el salón destinado á actos. Así y todo, el Sr. Querol obtenía once votos contra diez; en momento tan crítico el presidente accidental emite su sufragio y lo suma con los de la minoría. «¡Empate!, exclaman todos. - ¡Quia!, dice sonriendo el presidente; tengo otro más, el de calidad...» Y vota segunda vez. Las protestas de los derrotados por medio tan extraño, fueron unánimes. Uno de los académicos pide que conste en el acta la censura que merecía á los once votantes sostenedores del criterio del Jurado el incorrecto proceder de la presidencia; pero ésta levantó la sesión, diciendo que no había lugar á tal extremo. Ante resolución tan inopinada se ha tomado el acuerdo de no aprobar el acta y formular voto particular, elevándolo al ministro de Fomento juntamente con el dictamen del presidente de la Academia, dictamen ¡caso estupendo! que censura rudamente el proyecto que apoyó.

Según mis noticias, el ministro de Fomento seguirá el mismo criterio que en la cuestión de los esfinges, resolviendo de conformidad con lo propuesto por el Jurado, si á su juicio no encuentra motivo suficiente para anular la votación.

El origen de todo lo acontecido creen verlo algunos en la pretensión de adjudicarse á sí mismos los académicos escultores la obra disputada; apoyándose para esto los que tal dicen, en que uno de dichos académicos tenía (y tiene) hecho el proyecto, presumiendo que se declarase desierto el concurso y que el gobierno, en vista de la premura del tiempo, encargase á la Academia de la ejecución del susodicho frontón. ¡Vaya usted á adivinar lo que haya de cierto en estas imaginaciones!

Una noticia para los escultores. Por renuncia del Sr. Suñol, se abre nuevo concurso para ejecutar en mármol el esfinge que se había adjudicado á aquel artista.

***

Que se sepa por ahora no hay probabilidades de que asistan, como dijeron algunos periódicos de esta villa, los grandes artistas ingleses, franceses y alemanes á nuestra Exposición internacional de Bellas Artes. La propaganda que debiera haberse llevado á cabo para recabar la asistencia de los pintores y escultores de otras naciones, apenas si pasó de simple acto de cortesía, invitando fríamente á algunos y contados artistas; así es que, á juzgar por las impresiones recibidas acerca del particular en los círculos y centros oficiales y de arte, dicha Exposición tendrá el carácter de nacional exclusivamente, á no ser que á última hora se decidan á favorecernos con sus obras algunos de tantos desconocidos como existen en todos los países donde el arte tiene culto.

En esta corte se trabaja algo con destino á la Exposición. La gran mayoría de las obras vendrán de provincias y del extranjero. Las colonias artísticas españolas de París y Roma, aun cuando dividirán sus envíos entre Munich y Madrid, prometen, sin embargo, enviar telas y estatuas de importancia, y de algunas de las primeras ya hice mención en estas crónicas.

De aquí sé que Jiménez Aranda está pintando un cuadro que representará un autor llamado á la escena. De Málaga remitirá Moreno Carbonero una tela de dos metros próximamente, en la cual lucirá su brillante paleta el autor de la *Conversión del duque de Gandía*, estereotipando algunos de los personajes del *Gil Blas*.

R. Balsa de la Vega

Febrero, 1892



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

(CONTINUACIÓN)

OPINIÓN PÚBLICA EN INGLATERRA

DEBATE EN LA CÁMARA

Londres, 3 mayo.

Mientras Francia y Alemania, así armadas y fortificadas, se vigilan mutuamente á través del Rhin, en Inglaterra hay cierta incertidumbre, mucha más de la que se ha experimentado nunca desde las guerras napoleónicas. En los últimos días la excitación ha sido extraordinaria, y la perspectiva, ahora inminente, de que se viole la neutralidad de Bélgica produce gran inquietud. El pueblo, la prensa y los políticos de Inglaterra están alarmados, y el *meeting* que se celebró ayer en Londres viene á probar que el gobierno se verá obligado, ante la opinión pública, á valerse de todos los esfuerzos posibles para evitar que la «pequeña Bélgica» viole esa neutralidad de cuyo mantenimiento se cree responsable la Gran Bretaña. La prensa de oposición aboga celosamente por el honor de Inglaterra; los diarios favorables al gobierno no dejan de hacer representaciones al Gabinete respecto al incierto porvenir de Amberes si Bélgica vuelve á ser otra vez el *reñidero* de Europa, y una amenaza constante para Bretaña en el caso de que esa gran fortaleza pase á otras manos. La Cámara manifiesta igualmente mucha agitación, y no se pasa día sin que lluevan las interpelaciones. La inexplicable tranquilidad de los ministros ha desaparecido al fin ante la insistencia de la oposición. El martes, cuando ya no se pudo dudar de que Alemania había movilizado sus tropas contra la frontera oriental de Bélgica y se supo con certeza que el ejército concentrado allí atravesaría aquel Estado, Sir William Harcourt llamó la atención de toda la Cámara al levantarse de su asiento para pedir al presidente que señalase el día en que se pudiera discutir «sobre las grandes cuestiones internacionales y eventualidades relacionadas con la inminente violación de la neutralidad de Bélgica, así como también determinase cuál sería la actitud del ministerio en tal conflicto.» «Fijemos el día de mañana, si le place,» contestó el presidente sin levantarse. La respuesta excitó la hilaridad de muchos, así liberales como conservadores.

Los diarios de oposición han censurado la manera de contestar del presidente Mr. Balfour, calificándola de insolente é insultante; mientras que elogian á Sir William Harcourt; pero sin hacer apreciaciones, nos limitaremos á decir que el incidente de la Cámara demuestra por lo menos que el gobierno no es indiferente á este asunto.

En la siguiente sesión de la Cámara, Sir William Harcourt se mostró algo agresivo, y cuando hubo terminado su discurso, el presidente le contestó como sigue:

«El gobierno de S. M. recibió confidencialmente noticia hace un año de que Alemania y Bélgica habían celebrado un convenio secreto, en virtud del cual, dado el caso de una guerra entre Alemania y Francia, Bélgica permitiría á la primera de estas potencias el paso de sus tropas por su territorio, utilizando también sus líneas férreas. Sin duda es cuestionable que Bélgica tenga derecho de permitir la violación de su neutralidad, garantizada por las grandes potencias; pero la cuestión es abstracta por las circunstancias. ¿Quién ha de intervenir para impedírselo? Seguramente no será Alemania, que ha hecho un contrato para tener el derecho de violación, ni tampoco Francia que violó impunemente la neutralidad de Bélgica en 1870, y que, en su afán de combatir con los alemanes, si está ya preparada, traspasará la frontera francesa con seguridad, cometiendo una segunda violación, si se puede dar al acto este nombre, cuando la neutralidad ha muerto ya virtualmente por el mismo proceder de Bélgica. En la Europa oriental hay demasiado que hacer ahora para cuidarse de proteger la neutralidad belga. ¿Cree el honorable baronet que Inglaterra debe arreglar esa cuestión por sí sola, é *inter alia* obligar á Bélgica contra su voluntad á cooperar con nosotros para restablecer la neutralidad de que ella misma se ha despojado? Tendríamos que hacer frente solos, hostiles á Bélgica, en una tentativa para hacer buena la garantía que ofrecimos juntamente con otras potencias; y con franqueza diré que este no es un gobierno quijotesco; pero cuando se nos dió á conocer confidencialmente ese convenio, creímos conveniente adoptar desde luego medidas para el interés y protección de la Gran Bretaña. Estas medidas podrán hacer sombra en algunas partes; mas no podemos evitarlo. Nosotros reclamamos y obtuvimos de Bélgica el derecho de ocupar la gran fortaleza de Amberes, poniendo en ella guarnición de nuestras tropas, con derecho á conservarla durante la solución de los acontecimientos eventuales, que ahora parecen próximos en el continente de Europa. Reconocimos la imposibilidad de tener en Amberes un vecino, posiblemente hostil, tan cerca de nuestra puerta, y en su consecuencia, nos pareció conveniente tener el derecho de estar en medio del camino en el caso de una perturbación. Durante la última semana hemos hecho tranquila y rápidamente algunos preparativos necesarios; y ahora tengo el gusto de anunciar á la Cámara que una división completa de infantería y artillería, compuesta de 15.000 hombres, se embarcará en nuestros puertos pasado mañana para desembarcar en Amberes al día siguiente. Esta división, á la que dará convoy la escuadra del canal, va completamente equipada de cuanto pueda necesitar. El jefe de estas fuerzas es un soldado cuyo nombre y fama conocemos todos: es el distinguido Sir Evelyn Wood. Los belgas nos facilitarán artillería para la fortaleza, municiones y cuanto se requiera para las operaciones defensivas, á que espero no será necesario apelar.»

El discurso del presidente fué aplaudido con toda sinceridad; Sir William Harcourt se dió por satisfecho, y con esto terminó el debate.

Anoche se dijo que el gobierno había obtenido autorización para alistar 20.000 hombres, llamando al servicio activo á un considerable número de batallones, los cuales deberán estar preparados para marchar sin pérdida de tiempo al punto que se les destine.

BATALLA DE ALEXANDROVO

DERROTA DE LOS RUSOS

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular Mr. Charles Lowe.)

Alexandrovo (Polonia rusa), 2 mayo

Como resultado del reconocimiento que practicó un escuadrón de húsares de Zieten, del que hablé en uno de mis telegramas anteriores, se acordó en este cuartel general, con aprobación del emperador, efectuar otro antes de volver el soberano á Berlín para ir á reunirse con el ejército. Esta vez se resolvió llevar más fuerza para ver si sería posible desalojar á los rusos de Alexandrovo y posesionarnos de aquella importante posición en la frontera. El principio que aún sirve de guía á los alemanes en la guerra es la máxima de que la mejor defensiva es una ofensiva enérgica. En su consecuencia, hoy se formó un pequeño ejército, compuesto de una división de infantería al mando del teniente general Von Schnabeltitz, una brigada de caballería, en la que iban comprendidos los húsares de Zieten con el 3.° de uhlanos y seis baterías de seis piezas cada una. Estas fuerzas salieron hoy al amanecer, y marchando rápidamente, cruzaron muy pronto el riachuelo que forma la frontera, donde las avanzadas rusas fueron rechazadas después de algunos tiros de nuestra vanguardia. Por un moscovita herido, que sus compañeros no tuvieron tiempo de recoger, súpose que en Alexandrovo no había tanta fuerza como la que se supuso en el primer reconocimiento practicado. Hallábanse allí solamente una brigada de infantería, con siete cañones, algunos cosacos y dos escuadrones de caballería. En su consecuencia, viendo nuestra superioridad numérica, resolvimos avanzar, y gracias á una marcha forzada se llegó á la eminencia que hay en un lado de Alexandrovo antes de que el enemigo pudiera sospechar nuestra intención. Sin embargo, no se consiguió el objeto que se perseguía sin una porfiada lucha, particularmente entre nuestros escuadrones de húsares y los cosacos del Don, que se condujeron valerosamente.

Cuando Von Rummelsburg, jefe de los húsares, llegó al terreno inmediato á la eminencia de que antes hablé, vió á los cosacos que se dirigían á ella por el lado opuesto, y al punto los atacó intrépidamente, cayendo de sus sillas algunos soldados rusos antes del choque, pues los nuestros iban armados de la lanza-carabina, invento de un ingenioso industrial de Potsdam. De este modo algunos de los valerosos cosacos sucumbieron antes de ponerse al

alcance de la terrible lanza alemana, que sin duda llegará á tener gran importancia en la presente campaña.

Rechazados los cosacos hasta la línea de su infantería, cuyos movimientos eran muy confusos é inciertos, nuestra artillería pudo ganar la cima de la eminencia, y las piezas, montadas con toda rapidez, hicieron un nutrido fuego contra los rusos, lanzando sobre ellos un torrente de proyectiles destructores que alcanzaban á la estación del camino de hierro de Alexandrovo, detrás de la cual se había refugiado la infantería enemiga. Sus cañones hicieron un vivo fuego contra nuestras baterías, pero apenas nos causaron daño, porque los artilleros prusianos, muy cuidadosos en elegir su posición, aun en medio del tumulto del combate, solamente dejaban ver las bocas de sus cañones. La división estaba detrás dispuesta al combate y esperando sólo á que se apagaran los fuegos del enemigo.

No hubo que esperar mucho tiempo, porque el duelo entre la artillería no había durado apenas una hora cuando los cañones rusos se retiraron, salvo los que estaban desmontados ya. Entonces nuestros impacientes batallones, saliendo de su línea de batalla, avanzaron en ala con el mayor orden, precedidos de la artillería. La infantería rusa trató de abandonar sus posiciones detrás de la estación del camino de hierro, desplegándose en línea para cerrarnos el paso; pero nuestros cañones causaron grandes destrozos en el enemigo, que sufrió mayores pérdidas á causa de nuestro magnífico armamento. Por primera vez acaso en la historia militar de Rusia, los soldados del czar volvieron la espalda, huyendo en confusión ante fuerzas superiores.

Los muertos y heridos que dejaron detrás eran una prueba del tenaz valor con que se habían batido, mientras que las pérdidas por nuestra parte no dejaban de ser de consideración, contándose entre los muertos el coronel Von Degenzieher y otros varios oficiales.

Pero esta dolorosa pérdida y la de otros valerosos soldados quedó en parte compensada por la toma de Alexandrovo, donde entramos, ó más bien nos precipitamos, con banderas desplegadas y á tambor batiente. El botín tenía mucho valor para nosotros, consistiendo en material de la línea férrea, mucho más apreciable para nosotros que el de guerra.

No se explica cómo los rusos dejaron de concentrar, precisamente en el momento de comenzarse la guerra, fuerzas más formidables alrededor de un punto estratégico tan importante como Alexandrovo. Esto es cosa que no comprenden ni aun los mismos que han hecho un estudio sistemático del carácter ruso; pero de todos modos, la cuestión es que *ellos* estaban allí y ahora estamos nosotros, gracias á la increíble negligencia de nuestros enemigos, á su mal servicio de avanzadas y á nuestra audacia en los movimientos y el ataque.

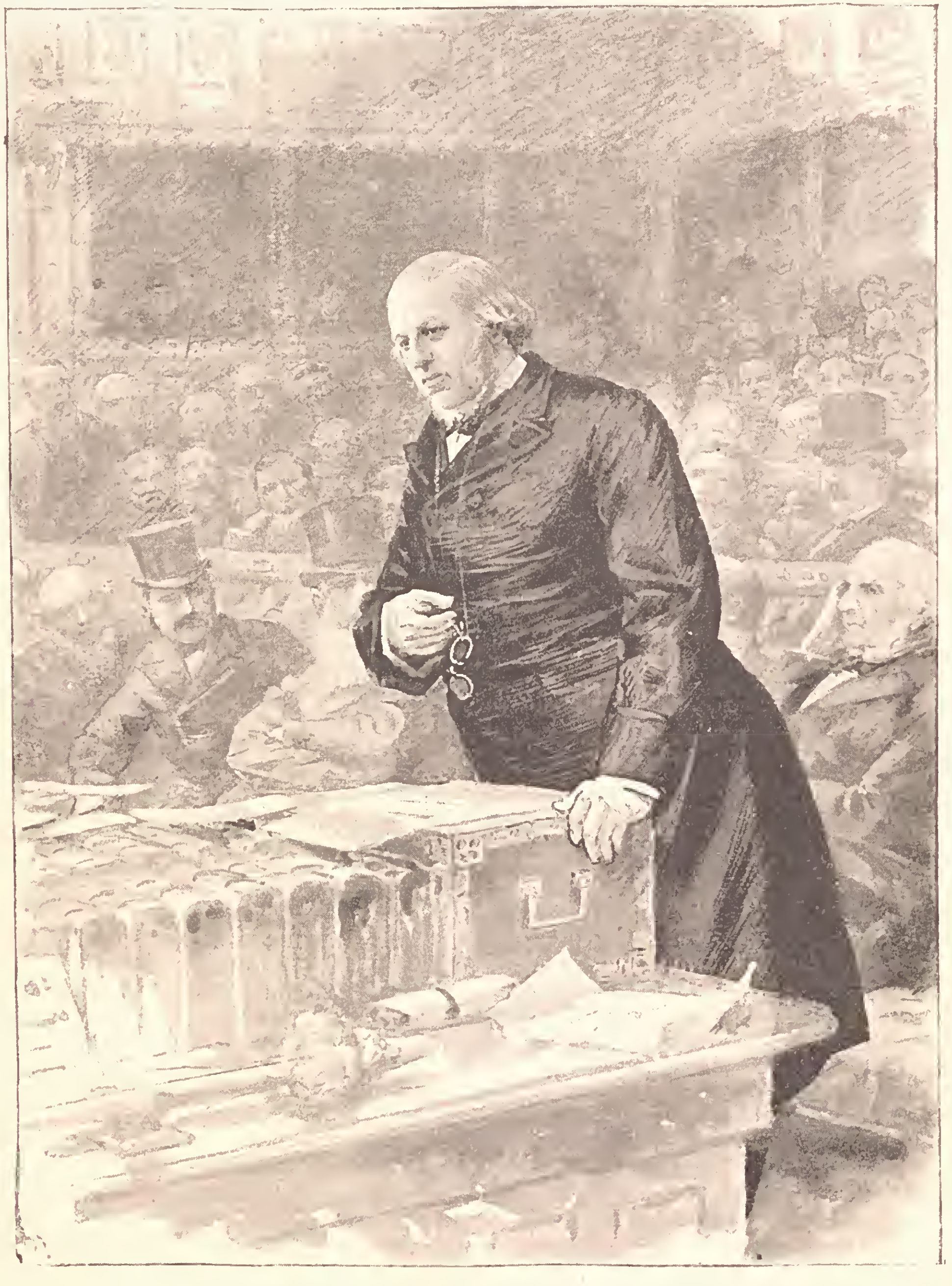
Mi correo marcha con este parte á Thorn y confía poder transmitirlo por telégrafo.

OCUPACIÓN DE ALEXANDROVO POR LOS ALEMANES

Alexandrovo, 3 *mayo*

Aún no han pasado veinticuatro horas desde que las fuerzas alemanas ocuparon este punto, y ya se está levantando por la parte de Varsovia la más formidable línea de obras defensivas, gracias á la infatigable actividad del batallón de ingenieros que llegó ayer una hora después de nuestro triunfo, el primero de la presente campaña. Aquí se cree que los rusos tratarán de poner en movimiento sus tropas á fin de emprender un contraataque para reparar en lo posible el desastroso error cometido, error que nos ha permitido apoderarnos de una línea férrea, base de operaciones de incalculable valor. En el botín que cayó en nuestras manos contábanse ciento veintitrés vagones de diferentes especies y nueve locomotoras, que con el material del ejército del Vístula nos asegura los medios de transporte para llegar en nuestra invasión hasta el corazón de Rusia.

Cierto es que la línea férrea desde aquí á Varsovia no tiene más que una vía; pero al contrario de las demás que tiene Rusia á la orilla derecha del Vístula, es bastante espaciosa, lo cual nos ofrece una inmensa ventaja. Gracias á esto, el ejército del Báltico, al mando del conde Waldersee, podrá ejecutar mejor sus movimientos de avance por Rusia si se resuelve á traspasar la frontera. El ejército de Silesia, al mando del príncipe de Sajonia, por otra parte, podrá tener las mismas facilidades de transporte que nosotros si consigue, siguiendo nuestro ejemplo, sentar un pie en la línea de Varsovia y Viena, y esperamos con ansiedad noticias sobre estos movimientos.



La gran guerra de 1892. – En la Cámara de los Comunes. Interpelación de Sir Guillermo Harcourt

TOMA DE CZENSTOCHAU POR EL PRINCIPE JORGE DE SAJONIA

EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE BATTENBERG PRISIONERO

Alexandrovo, 4 *mayo*

Las tropas están muy regocijadas porque muy poco después de enviar mi telegrama anunciando la marcha del emperador al Rhin en medio del entusiasmo y aclamaciones del pueblo, recibióse aquí un parte anunciando que el príncipe Jorge de Sajonia, después de unas marchas forzadas y de vencer grandes dificultades, consiguió sorprender á los rusos en Czenstochau, en la línea férrea de Varsovia-Viena, apoderándose de este importante punto á pesar de la desesperada resistencia de sus defensores, los cuales, por increíble que esto parezca, reducíanse á una brigada de infantería y dos escuadrones. Sin embargo, las pérdidas de los alemanes han sido aquí muy sensibles, sobre todo para el regimiento de infantería de Silesia, el cual quedó en cuadro, en sus desesperados esfuerzos para desalojar al enemigo de una arboleda donde se encontró una batería. Esto prueba que los soldados alemanes siguen animados del mejor espíritu.

Los dos encuentros que hasta ahora hemos tenido con los rusos se pueden considerar como el Worth y Spichern de la presente guerra; y ahora falta saber si podremos mejorar estos primeros triunfos, debidos en gran parte, como dije antes, á la rapidez de nuestros movimientos y á la audacia del ataque, así como también á la falta de actividad y poca energía de los rusos. Esto no se explica sino por el hecho de que ellos, imaginando tal vez que los alemanes, no atreviéndose á invadir la Polonia, se limitarían á concentrar fuerzas en Silesia para sus aliados austriacos, efectuaban su movilización más hacia el Este, en dirección á Dragomiroff, línea de avance hostil sobre Lemberg, y á los Pasos de los Carpatos en Stryj.

La cuestión ahora se reduce á saber cómo Gourko, general en jefe de las fuerzas rusas, que aún se hallan en Varsovia, aunque el grueso de su ejército debe estar ya frente á él, podrá salir de la situación que tan repentinamente para él se ha producido. Todo el mundo se lo pregunta, y no es posible que pase mucho tiempo sin que se manifiesten sus intenciones.

Entretanto, los telegramas de Galitzia, donde los austriacos han concentrado el grueso de sus fuerzas, no son tan halagüeños como podía esperarse, pues indican menos iniciativa y prontitud de acción por su parte, así como también una divergencia de opiniones entre los jefes del ejército sobre si deben permanecer á la defensiva, ú observar una política audaz de invasión, como nosotros.

El conde Von Schlieffen, hombre tan cortés como hábil jefe de estado mayor, me ha dicho que las noticias recibidas del cuartel general alemán de esta tarde hablan de un tremendo conflicto entre cinco divisiones de caballería, tres de los rusos y dos de los austriacos, cerca de Brod, en la frontera de Volhynia. Parece que en este encuentro resultó, como era de esperar, atendida la diferencia del número, la completa derrota de la caballería austro-húngara. Dícese que esta última estaba cubriendo los movimientos del tercer cuerpo austriaco, que tenía orden de avanzar hacia Dubno; los rusos cayeron de improviso sobre una parte destacada de la infantería austriaca, sin cuidarse de las descargas sin humo con la carabina de repetición Mannlicher, y causaron estragos entre los pesados infantes de Steiermark, cogiendo prisionero á todo un batallón, incluso, según se dice, el coronel del regimiento 27.°, que no es otro sino el conde Hartenau, ó mejor dicho, el príncipe Alejandro de Battenberg, ex príncipe de Bulgaria.

(Ultima hora)

Los últimos partes confirman la noticia de haber sido hecho prisionero por los rusos el príncipe Alejandro, noticia que ha producido en el cuartel general de Dragomiroff tanto júbilo como la que produjo entre los alemanes la rendición del emperador francés en Sedán.

El ex príncipe de Bulgaria será enviado á San Petersburgo, donde ya se le preparan habitaciones en el Katherinenhoff, y entretanto se le ha permitido conservar su espada á fin de que su inexorable primo, el czar, pueda tener la satisfacción de recibirla



La gran guerra de 1892. - Los húsares alemanes, armados con la nueva lanza-rifle, cargando contra los cosacos

de las propias manos del humillado cautivo. La escena tendrá más interés que todos los románticos incidentes que han señalado ya la aventurada carrera del príncipe.

ATAQUE NOCTURNO POR LOS RUSOS. – COMBATE Á LA LUZ ELÉCTRICA

DERROTA DEL GENERAL GOURKO–RETIRADA SOBRE VARSOVIA

Alexandrovo, 5 mayo (5 de la mañana)

El ejército alemán del Vístula ha hecho sufrir á los rusos una derrota semejante á la de Plewna, y ahora se retiran sobre Varsovia. Tal ha sido el resultado de la sangrienta batalla nocturna de que acabo de ser testigo ocular. Los rusos fueron los primeros en comenzar sus ataques por la noche, á fin de evitar las sensibles pérdidas que les ocasiona el fuego de la nueva carabina. Anoche á las siete el tercero y cuarto cuerpos de ejército alemanes habían completado su concentración, y después de extender las líneas de atrincheramiento comenzadas á raíz de la toma de Alexandrovo, vivaqueaban en ambos lados de la línea férrea, ocupando sus tiendas unas dos millas en cada uno de aquéllos. Varios reconocimientos practicados por nosotros durante el día hacían sospechar que los rusos concentraban fuerzas considerables en un punto llamado Waganick y que recibían nuevos contingentes de la orilla derecha del Vístula por medio de un puente de barcas que se había echado en Dabrowniki; pero á causa de las densas masas de caballería que se hallaban al frente para ocultar sus movimientos, nuestros exploradores no pudieron enterarse bien de lo que se hacía. Sin embargo, un detalle, obtenido de un cosaco prisionero, tuvo gran interés para nosotros, pues por él supimos que las fuerzas rusas que estaban frente á nosotros se componían sobre todo del 5.° y 6.° cuerpos con parte del 4.°, á las órdenes del general Gourko, el héroe de los Balkanes. Seguros de la exactitud de este informe, se resolvió atacar á Gourko antes que completara sus preparativos, y con este fin marchar desde luego á buscarle al rayar el día, como lo había hecho el príncipe Federico Carlos con Benedek en Sadowa.

Yo había pasado la noche con un amigo mío, el capitán Jagdkonig, del regimiento de infantería de Brandenburgo, y ya salía con él para girar una visita de inspección entre las avanzadas, cuando un uhlano llegó al galope con la noticia de que se notaban señales de una agitación misteriosa enfrente, oyéndose en el silencio de la noche el sordo rodar de carros ó cureñas. No tardaron en llegar los otros mensajeros con semejantes noticias; y no debiendo ya dudarse de que el enemigo se movía, apagáronse los fuegos de los vivaques y se llamó á todos á las armas. Gracias á la excelente disciplina del ejército, las huestes del Vístula estuvieron muy pronto en pie y preparadas para el combate.

La noche era muy tenebrosa, pues la luna se había ocultado detrás de espesas nubes, y parecía que habíamos renunciado á toda lucha por el pronto; mas de repente, á través de la densa obscuridad brilló como un relámpago que iluminó como la luz del sol y cuyo resplandor deslumbraba. «¡La luz eléctrica!,» gritaron todos después de un momento de pausa; mientras que cada cual procuraba desviar sus ojos de los brillantes rayos de luz que irradiaban de la lámpara inventada por la ciencia moderna para facilitar la obra destructora, como si el sol rehusase iluminar más tiempo la carnicería humana. Durante algunos momentos, aquella bola de luz que á todos deslumbraba vagó en el horizonte, como incierta sobre el punto en que debía fijar su foco, unas veces acercándose á nosotros y otras alejándose. Poco después, otras dos luminarias semejantes eleváronse desde alturas situadas á iguales distancias frente á nosotros, y entonces pudimos ver los compactos batallones enemigos franqueando las distantes pendientes. La luz eléctrica tiene la desventaja de que, si bien permite reconocer la posición del enemigo, también descubre al mismo tiempo la del amigo. Así sucedió en aquel caso; pero nuestros artilleros estaban alerta, y cuando el foco de luz, en su movimiento oscilante, iluminó á las tropas rusas que avanzaban hacia nosotros, los cañones alemanes tronaron, á la vez que se hizo un nutrido fuego de fusilería. Sin embargo, un momento después, un torrente de luz nos inundó con su deslumbradora refulgencia, y entonces las baterías rusas, situadas en varias eminencias, hicieron un fuego terrorífico y espantoso, aunque sus proyectiles, disparados desde un punto demasiado lejano, silbaron sobre nuestras cabezas sin causarnos daño alguno. Pero no sucedió lo mismo con el fuego de fusilería de nuestros enemigos, que intermitente al principio y muy continuado después, produjo terribles efectos en las filas alemanas, por lo cual se dió orden á toda la infantería de tenderse en el suelo.

Entre nosotros y la infantería enemiga el terreno presentaba una depresión algo más profunda que la que separa á Mont Saint-Jean de la Belle Alliance, y para nuestros enemigos tenía mucho valor por el hecho de que sus baterías, situadas á retaguardia en alturas, podían hacer fuego por encima de su infantería, mientras que ésta avanzaba contra nuestra posición.

Los rusos se adelantaban con la serenidad é impávido valor que les distingue, y al resplandor de la luz eléctrica vimos sus compactos batallones desplegándose en línea de batalla. Esto me hizo recordar el denuedo con que, sin la luz eléctrica, se precipitaron en otro tiempo por las resbaladizas pendientes de Inkerman.

Sobre el estampido de los cañones por ambas partes predominó el estruendo de la fusilería: en aquel momento habíase alejado la luz eléctrica, y no podíamos ver bien la respectiva posición del enemigo y la nuestra; pero cuando se acercó de nuevo, reconocimos un orden de batalla en que el mando era imposible y en que cada capitán debía hacer las veces de general. Llegó un momento en que los manipuladores de las luces eléctricas no pudieron iluminar nuestras líneas sin que nosotros viésemos también las suyas como á la luz del día; y entonces fué cuando nuestros soldados, aprovechando la oportunidad, produjeron terribles efectos con su nueva carabina.

Sin embargo, esto no pudo durar mucho tiempo, porque los cuatro soles de media noche que difundían su brillante luz desaparecieron de nuestro firmamento tan completamente como si hubieran sido antorchas sumergidas de pronto en un estanque de tinta, y su desaparición fué seguida de un breve período de penoso silencio que se extendió á todo el campo de batalla.

Ninguno de nosotros dudó de que aquello era obra del enemigo, el cual se proponía sin duda avanzar más hacia las líneas alemanas sin exponerse tanto á su fuego. De pronto todos experimentamos una vaga inquietud al oir cierto ruido metálico, y muy pronto reconocimos en qué consistía. Los rusos estaban calando sus bayonetas para atacar nuestra posición, y un momento después resonó la voz de mando *¡Aufpflanzen!* (¡calar bayonetas!), que fué repetida en nuestras filas.

Apenas se hubo restablecido el silencio, las luces eléctricas brillaron de nuevo sobre nuestras posiciones, convirtiendo la obscuridad en claro día, y entonces vimos á los rusos avanzando contra nosotros á manera de ondas irregulares, cada vez mayores, sin hacer aprecio del fuego de nuestras baterías, convertidas en volcanes, ni tampoco de la fusilería de nuestros infantes, que protegidos por sus parapetos hacían estragos en las filas del enemigo. No era posible que los rusos conservasen su orden de batalla bajo tales circunstancias, y ya comenzaba á producirse la confusión; pero los soldados del czar seguían estrechando la distancia entre ellos y nuestras trincheras, hasta que pareció llegado el momento en que caerían sobre nosotros para continuar el combate al arma blanca. Un momento después resonó un ruidoso grito entre los batallones rusos, y éstos se precipitaron sobre nosotros á bayoneta calada.

Pero cuando sólo estaban á veinte pasos detuviéronse en su marcha, como si les cerrara el paso una barrera invisible, mientras que las balas de nuestras carabinas de repetición llovían sobre ellos como el granizo, ocasionándoles terribles pérdidas. Aquella barrera se reducía á unos gruesos alambres doblados varias veces y sujetos fuertemente por delante de nuestras líneas atrincheradas, como medio defensivo contra la contingencia de semejante ataque. Esta era una de las innovaciones introducidas en el sistema de guerra de los alemanes, innovación que había sido recomendada al emperador algún tiempo antes.

Los rusos lanzaron un grito de rabia al verse detenidos así en su carrera, y aunque al fin destruyeron el obstáculo, el primer impulso de su carga disminuyó, debilitando su valor aquella mortandad. Lo peor para ellos fué que antes de que recobrasen su ímpetu, los alemanes, abandonando sus atrincheramientos, los atacaron á bayoneta calada.

Siguiéronse algunos momentos de lucha cuerpo á cuerpo, pero no tuve tiempo más que para observar que las valerosas, por no decir indomables tropas de Gourko, comenzaban á vacilar y á ceder ante el ímpetu de nuestros soldados. Entonces desaparecieron de nuevo las luces eléctricas, y el negro velo de la noche ocultó el sangriento drama.

En tales circunstancias érales imposible á los alemanes la persecución; pero volviendo á formar sus filas inmediatamente continuóse haciendo fuego contra el enemigo en retirada, hasta que al fin se dió la orden para que cesase.

Cuando amaneció pudieron verse los resultados de aquella batalla nocturna con todos sus horrores. Lo menos diez mil rusos, entre muertos y heridos, yacían enfrente de nuestras líneas, y una tercera parte de alemanes habían caído en nuestras trincheras ó cerca de ellas. Esta ha sido la primera verdadera batalla de la presente campaña, y en ella se han demostrado los destructores efectos de la nueva carabina de repetición.

(Continuará)

LA FLOR DEL REMORDIMIENTO

I

Bajo los altos árboles de Fontainebleau, junto á una de las sendas más ocultas y más sombrías del magnífico bosque, no lejos de la antigua carretera de París á Antibes, descansaba entre los helechos el joven pintor parisiense Roberto Parc un día de otoño de esos en que comienzan á caer las primeras hojas secas.

En aquellas inmensas bóvedas de follaje reinaba un profundo y religioso silencio. Rara vez allí los pájaros cantan, y Roberto buscaba entre aquel silencio y aquella soledad inspiraciones distintas de las que en París había recogido. No iba, sin embargo, como Teodoro Rousseau, á engolfarse de lleno en el seno de la naturaleza. Roberto Parc no cultivaba la escuela de Barbizón; era más *modernista*, pertenecía á la *joven escuela*. Pero, de vez en cuando, el nuevo arte, en el que había conseguido no pocos triunfos, le cansaba, y corría á refugiarse algunas horas en aquellos parajes misteriosos por donde aún parece que vagan las sombras de Rousseau y de Millet. Preciábase de artista del fin del siglo, aunque sin haber cedido al contagio de esa decadencia invasora que, bajo diversos nombres y falsas apariencias de modernismo, hace tantos estragos entre los pintores de nuestro tiempo.

Pedía sus secretos el joven artista parisiense á los troncos colosales, al claroscuro que envolvía el ramaje espeso, á la hierba reluciente que cubría la tierra y á las delicadas hojas de los arbustos que se destacaban bordando encajes primorosos sobre el fondo negro del bosque, cuando una forma humana graciosa y esbelta apareció en la senda misma junto á la cual descansaba Roberto.

Era una muchacha de quince años apenas. Avanzaba con paso ligero, sin creer ser vista por nadie, llevando un haz de leña bajo uno de sus brazos. Hubiérase dicho al verla aparecer que un rayo de primavera había de pronto brillado á través de aquel paisaje de otoño.

El artista, inmóvil, la veía avanzar. Cuando ya estuvo á pocos pasos de él, sintió la muchacha un estremecimiento, sorprendida por la inesperada presencia de un hombre en aquel sitio; mas el pintor apresuróse á tranquilizarla, exclamando:

– ¡No tengas miedo! Voy á hacer tu retrato al instante. ¡Quieta! ¡Así! No te muevas...

La muchacha sonriendo, una vez que salió de su sorpresa, mientras Roberto cogía su paleta y sus pinceles, fué á dejar el haz de leña en el suelo; pero el artista, volviéndose hacia ella rápidamente, le dijo:

– ¡No! ¡Así, sin moverte! ¡Verás qué retrato tan bonito sale!

– ¿Será para mí?, se atrevió á preguntar la muchacha, ya tranquila y risueña, en tanto que el pintor parisiense copiaba, absorto en su obra, la gallarda figura de su modelo.

– Este no, á ti te haré otro, contestó el artista sin suspender un instante el trabajo. Este es para que París entero lo vea.

– ¡Oh, París!, suspiró la joven.

– ¿No has ido á París nunca?, siguió Roberto interrogándola maquinalmente.

– ¡Jamás!, contestó la muchacha con marcada tristeza. ¿Es que las parisienses son guapas?

– No tanto como tú... ¿Cómo te llamas?

– Teresa.

– ¡Vamos! Tú quisieras venirte á París, ¿no es verdad, Teresa?, continuó el artista, fijándose más en lo que hacía que en lo que hablaba.

– ¡Ya lo creo! Pero eso es difícil, exclamó la muchacha, dando á sus grandes y azules ojos una expresión más viva.

– ¿Difícil? ¡Pues París no está lejos! ¿Quisieras venirte conmigo?, murmuró Roberto, sin darse cuenta exacta de lo que decía, distraído por su trabajo.

– Eso no es posible, respondió Teresa con timi-

dez, sin perder ni un momento la postura en que seguía colocada.

– ¿Y por qué no es posible?

– Porque yo soy pobre aldeana y vos sois un caballero... Además, van á casarme al llegar el verano...

– ¿Con quién?

– No sé todavía.

– Explícame eso. ¿Vas á casarte y no sabes con quién?

– No sé si con Juan, con Luis, ó con Pedro... Mi tía me dice: «Ya tienes quince años y es preciso que el año que viene te cases; si Juan se casa con Luisa y Marta con Pedro, tendrás que casarte con Luis... Si es Luis quien se casa con Marta y Pedro con Luisa, tendrás que casarte con Juan... Luisa y Marta tienen dote; tú no lo tienes; el que se quede sin Marta y sin Luisa será tu marido.»



BAJAMAR EN ROTA, cuadro de D. José Lafita. (Premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín.)

Roberto entonces dejó de pintar y la miró atentamente, no con ojos de artista, sino con ojos de enamorado.

Cuando después de una breve pausa volvió á pintar de nuevo, observó que la luz del día iba extinguiéndose. La noche en los bosques llega insensiblemente. Había que suspender el trabajo.

Teresa, dejando en el suelo su carga, se sentó en una piedra y reposó unos cuantos segundos para continuar su camino.

– ¿De dónde eres?, le preguntó Roberto, dirigiendo la vista á la luminosa figura cuyos bellos contornos en medio del lienzo se destacaban.

– De Barbizón. ¡Si vierais qué triste es Barbizón en invierno!

Roberto miró á Teresa y quedó encantado viendo la línea de su airoso cuerpo, apenas disimulada por su ligero y pobre vestido, contemplando sus serenos ojos, su boca bien dibujada y risueña y sus finos cabellos rubios anudados descuidadamente sobre la nuca.

Le asaltó la idea de coger aquella flor silvestre y trasplantarla á París para tenerla en su compañía... Pero Roberto no era sólo artista del fin del siglo, sino también hombre de su época, y dióse prisa á alejar de su mente una idea tan extraña. Teresa era una aldeana, sin instrucción, sin trato social, sin ideales; al hacerla suya y llevarla consigo á París, ¿no se echaría encima una cadena?

Como ya la noche llegaba, Teresa cogió de nuevo el haz de leña, despidióse del pintor y reanudó su marcha. A los pocos pasos, antes de ir á perderse entre los troncos de los árboles, volvió la cabeza y gritó riéndose:

– ¡Que no olvidéis mi retrato!

– ¡Vuelve por aquí mañana!, respondió el artista.

– ¡Volveré!, contestó Teresa.

Aún duraba el eco vibrante de su voz cuando ya su encantadora figura se había desvanecido.

II

Al día siguiente, el pintor esperó en vano. Al ver que pasaban las horas y que la joven no acudía, Roberto aprovechó el tiempo trabajando en el retrato, como si el modelo estuviera delante, merced á un esfuerzo de imaginación muy general en los artistas. Empezaba á soplar aquella tarde la fresca brisa otoñal, que gemía débilmente entre las ramas, y varias veces creyó Roberto sentir los pasos de Teresa... Pero el crepúsculo vino sin que la joven llegase.

Al regresar á Fontainebleau dominábale á Roberto una preocupación indefinible y la imagen de la muchacha de Barbizón se le aparecía entre las vagas sombras crepusculares, riendo y gritándole desde lejos: *¡Que no olvidéis mi retrato!*

Aquella noche no durmió y preguntóse continuamente por qué Teresa no habría ido al bosque.

Concibió el propósito de salir para Barbizón en cuanto amaneciera.

Brilló el día y con la clara luz de la mañana calmóse la inquietud de su espíritu que fué causa de su insomnio. Echó una mirada hacia el bosque y otra hacia el ferrocarril. ¿Iría á París ó á Barbizón?... Oyóse el silbido de una locomotora, y después de vacilar un momento Roberto se dijo:
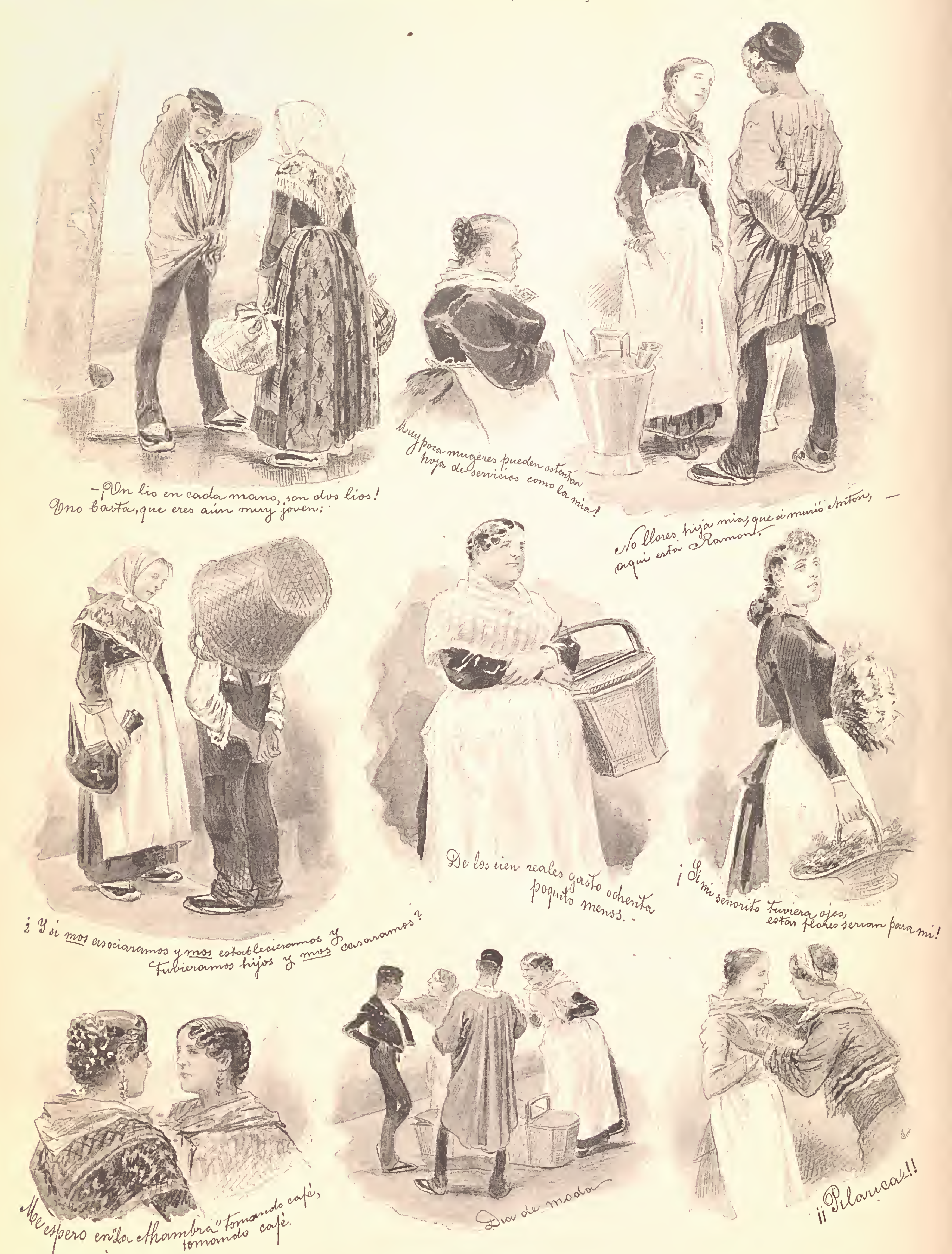
– ¡Acabaré el retrato en París! ¡Me acuerdo bien del modelo!

III

En la soledad de su estudio, cuya amplia galería de cristales domina el bulevar de Clichy, terminó en pocos días el retrato. Todos convenían en que era una de las obras más inspiradas de Roberto Parc. Elogiábase ante todo su naturalidad. La pureza de aquellas pupilas azules, la adorable sonrisa de aquellos labios purpurinos y el descuido con que en leves

SIESTA, cuadro de D. Félix Mestres. (Salón Parés.)

APUNTES DEL NATURAL, POR D. JOSÉ LLOVERA



¡POBRES CHICAS LAS QUE TIENEN QUE SERVIR

APUNTES DEL NATURAL, POR D. JOSÉ LLOVERA



¡POBRES AMAS LAS QUE OS TIENEN QUE SUFRIR!

ondas caían algunos rizos de la rubia cabellera, acariciando las blancas sienes de la muchacha, formaban un conjunto artístico de primer orden.

Ofreciéronsele al artista crecidas sumas por los más ricos aficionados á quienes enseñó su obra. Mas el pintor había renunciado á venderla, había resuelto decididamente que aquel retrato no saliese de su estudio.

De tal manera fué encariñándose con él, que cada vez que un desengaño de amor vertía en su corazón la amargura, iba á consolarse viendo el retrato de Teresa y creyendo aspirar el aroma que del inmenso bosque se exhala bajo la bóveda colosal de espeso ramaje, cerca del viejo camino de París á Antibes.

IV

Pasados los tristes é innumerables días de lluvia del invierno parisiense, lució la primavera. Los primeros rayos del sol daban al retrato de la joven una animación y una vida extraordinarias. Cierta mañana de abril, en que soplaba entre las hojas nacientes una tibia y dulce brisa, mensajera del buen tiempo, Roberto comprendió al cabo que amaba á Teresa y dispuso su viaje para Barbizón, lamentando los meses que había perdido en estériles dudas. Iban á casar á la joven en llegando el verano; pero él se adelantaría al tosco y rudo campesino á quien iban á entregarla.

Salió para Fontainebleau; sin detenerse atravesó el bosque, y al bajar á la aldea de Barbizón, cuando ya se veían las primeras casas en el fondo de la ancha avenida, preguntó por Teresa á un leñador que trabajaba al borde del camino.

– ¡Oh!, contestó el buen hombre. ¡Hace ya mucho tiempo que no está en Barbizón!

– ¿Pues adónde ha ido?

– Creo que á Thomery.

Roberto se volvió atrás sin entrar en la aldea y emprendió el camino de Thomery. El leñador miróle con profunda extrañeza antes de ponerse de nuevo al trabajo.

– ¿Se habrá casado ya?, interrogábase el viajero con angustia, caminando de prisa hacia Thomery.

Al llegar al pueblo preguntó por Teresa á una anciana.

– ¡Ay! ¡Yo la he tenido en mi casa á la joven de Barbizón!, contestó con voz doliente la viejecita. ¡Pobre muchacha! Un hacendado de Moret la encontró en el bosque y abusó de ella. Luego la dejó abandonada. Yo la recogí y la tuve conmigo hasta que de dolor cayó enferma y se la llevaron al hospital de Melún.

Salió Robertó para Melún, febril, agitado. La desgracia de que Teresa fué víctima aumentó el amor que sentía en su pecho.

En el hospital de Melún le dijeron al preguntar por la joven:

– ¿Veis allí, á la sombra de aquellos cipreses una cruz entre la hierba? ¡Allí está enterrada Teresa, la joven de Barbizón!

Roberto corrió á la tumba y en vano por allí buscó flores con que adornar la cruz que entre la hierba se levantaba. Sólo al pie de un ciprés encontró una florecilla medio salvaje, rara, sombría y triste. Como no había otra, la cogió y la puso en la cruz, sobre la tumba de su amada.

Desde entonces, al pie del retrato de Teresa se ve pintada una florecilla silvestre, de azuladas hojas y de débil tallo, y cuando se le pregunta al pintor:

– ¿Qué flor es esa?

Él os contesta conmovido:

– ¡Es la flor del remordimiento!

ERNESTO GARCIA LADEVESE

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Varios pintores trabajan actualmente en un panorama colosal que figurará en la Exposición Universal de Chicago. El lienzo, que representará una vista de los Alpes berneses, tendrá 17 metros de altura por 115 de ancho y su coste se calcula que pasará de 1.500.000 pesetas.

– El conocido empresario de Londres Sir A. Harris ha contratado en Alemania una excelente compañía de ópera que en el próximo verano actuará en la capital inglesa poniendo en escena *Fidelio*, de Beethoven, *Tristán é Isolda* y *El anillo de los Niebelungos*, de Wagner, que se cantarán por primera vez en Inglaterra en alemán.

– El editor inglés J. Stahl se propone publicar una colección de fotografías que reproduzcan en tamaño natural los objetos ó fragmentos de éstos existentes en el *South Kensigton Museum* de Londres. De las 2.000 hojas que comprenderá aquélla, están ejecutadas ya 1.500: la primera serie está exclusivamente dedicada á motivos de ornamentación plana, como tejidos, bordados, encajes, tapices, losetas, etc.

– En Viena se está celebrando una brillante Exposición de tapices, en la que han cooperado la corte, la aristocracia, los aficionados y los industriales: constitúyenla 200 ejemplares antiguos y 300 modernos que forman un resumen histórico completo de esa interesante industria. Hay entre ellos un tapiz regalado por Pedro el Grande á Carlos VI, que es una maravilla, un verdadero cuadro tejido con seda, oro y plata en Prusia en el siglo XV, que mide 6'91 metros de alto por 3'21 de ancho. Esta exposición obedece al deseo de que renazca una industia antes floreciente, y á ello tiende también la escuela existente en Viena para estudiar los modelos antiguos.

– El escultor dinamarqués Hasselriss ha terminado en Roma el modelo de un monumento que le ha encargado el rey de Dinamarca para conmemorar sus bodas de oro, que celebrará en mayo del presente año, y en el cual está representada toda la real familia. Sobre un basamento de granito álzase la figura simbólica de Dinamarca, rodeada de tres leones, que ostentan los escudos de Inglaterra, Rusia y Grecia. Alrededor del basamento hay más de 50 medallones de bronce con los retratos en relieve del emperador y de la emperatriz de Rusia, del príncipe y de la princesa de Gales, del rey y de la reina de Grecia, del duque y de la duquesa de Cumberland y de todos los descendientes de estas cuatro familias. En el monumento se verán además las tres coronas de Rusia, Inglaterra y Grecia.

– El ayuntamiento de Lyón ha votado 20.000 pesetas para la erección de un monumento á Pedro Dupont, cancionero de aquella ciudad, habiéndose además recogido por suscripción pública 15.000.

– La octava exposición de la Unión Artística de Tolosa se inaugurará el 15 del próximo marzo.

– El comité central de la próxima Exposición internacional de Bellas Artes de Munich se compone de los pintores Baur, Defregger, Gross, Holmberg, Kaulbach, Klonze, Moller, Nonnenbruch, Papperitz, Simm, Sticler y Tobler; de los escultores Ruemann y Zumbusch, del arquitecto Schmidt y del secretario de la Asociación el consejero real Adolfo Paulus. Como delegados han sido designados: del gobierno, el consejero Wehner, y de la Real Academia de Artes plásticas, los pintores Dietz y Gysis, el escultor Eberle y el grabador Raab.

– Existe en Francia una sociedad de artistas y literatos verdaderamente regional y descentralizadora: titúlase *Sociedad artística y literaria del Oeste*, comprende cuatro provincias, Bretagne, Anjou, Maine y Poiton, y su objeto es «agrupar en un solo haz á todos los que en el Oeste pueden contribuir á la gloria de su país desarrollando ó protegiendo las artes, las ciencias y las letras.» Su fundador, M. Olivier Merson, el reputado crítico, ha sido obsequiado recientemente en París con una fiesta de carácter íntimo por los miembros de esa asociación y con un magnífico álbum donde figuran trabajos de los más reputados maestros.

– A primeros de abril se inaugurará en Berlín una Exposición de obras de arte de la época de Federico el Grande. Este certamen, organizado por la Sociedad histórico-artística, comprenderá los siguientes grupos: porcelanas, muebles, bronces, tapices, cuadros, miniaturas y otros objetos de arte.

– Para el monumento nacional que se trata de erigir en honor de Bismarck se han recaudado ya más de 1.200.000 pesetas.

– La policía de Cherburgo ha descubierto á un cierto dorador llamado Tesson que desde hacía mucho tiempo se venía dedicando á falsificar cuadros de Millet: los lienzos falsificados habíalos vendido á las personas pudientes del país y algunos fueron enviados á Inglaterra.

– El gobierno turco ha votado la cantidad de 70.000 pesetas para la restauración de los santuarios de los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y José en la población de Haili.

Teatros. – En el teatro Libre de París se han estrenado dos comedias en tres actos, tituladas: *Blanchette* y *L' envers d' une sainte*: la primera es una censura contra los padres que dan á sus hijos una educación superior á la que su clase exige, y la segunda, pobre de acción, es un estudio psicológico con verdadero interés dramático, de la vida moral de los varios personajes que en la obra figuran. Ambas han tenido buen éxito.

– En el teatro de la Comedia Francesa ha alcanzado un éxito extraordinario un drama histórico en cinco actos y siete cuadros de Juan Richepin, *Par le glaive*, escrito en hermosos versos y de argumento en extremo interesante.

– En el teatro Lessing de Berlín se ha estrenado con el título *Der unerbittliche* (El inexorable) la comedia de D. José Echegaray *Un crítico incipiente*: el éxito obtenido ha sido lisonjero.

– El renombrado artista de la Comedia Francesa Coquelín se encuentra actualmente en Milán, desde donde pasará á Venecia, Trieste, Gratz, Viena, Praga, etc. En marzo dará sus representaciones en Constantinopla y en Rusia, y durante el mes de mayo en Inglaterra.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Monchir-ed-Doulé, ministro de Justicia y de Comercio en Persia, gran visir, esposo de la hija mayor de Schah y muy amigo de Francia.

Federico Hiddemann, célebre pintor de género de la escuela de Dusseldorf: comenzó su carrera artística dedicándose á la pintura histórica, que abandonó por la de costumbres populares, en la que obtuvo grandes éxitos.

La princesa Luisa de Baviera, viuda del duque Maximiliano, madre del emperador de Austria, de la ex reina María de Nápoles y del archiduque Carlos Teodoro.

Carlos Haddon Spurgeon, famoso predicador inglés de la secta de los baptistas, sumamente caritativo y dotado de excepcional elocuencia: la mayor parte de sus hermosos sermones han sido coleccionados y constituyen un verdadero monumento de literatura sagrada.

El general francés Schmitz, que hizo las campañas de Africa, Crimea, Italia y China y fué jefe del estado mayor del general Trochu durante el sitio de París; era gran cruz de la Legión de Honor y contaba cuarenta y siete años de servicios.

Alexandro Rhisos Rhangavis, conocido en el mundo literario con el seudónimo de Rangabé, ex ministro de Relaciones exteriores de Grecia, embajador de Grecia en Wáshington, Berlín y París y notable publicista.

Emilia Flygare-Carlén, novelista sueca cuyas interesantes narraciones gozan de gran fama, no sólo en su patria, sino en el extranjero.

Morel Mackenzie, célebre médico inglés que asistió en sus últimos tiempos al emperador Federico de Alemania.

El P. Schynse, misionero alemán que desde 1882 formaba parte de la Sociedad de Misiones del Africa ecuatorial; prestó primeramente servicios en las casas misioneras de Argel, Lila y Bruselas hasta que en 1885 marchó al Congo, no cesando desde entonces en su propaganda evangélica entre aquellos pueblos salvajes, donde más de una vez corrió peligro su vida.

Varia. – En el gran concurso internacional de tiro de palomos verificado en Monte-Carlo ha resultado vencedor el conde Trauttmansdorff, austriaco, quien ha ganado además del objeto de arte, que consistía en un magnífico servicio de plata para te, un premio en metálico de 18.340 pesetas. Los otros tres campeones que compartieron con él el premio en dinero fueron el barón de Pret, belga, y MM. Drevon y Verdaveine, franceses.

– Un industrial de los Estados Unidos se propone hacer ejecutar durante la Exposición de Chicago, varias piezas con 400 pianos á la vez: una sola pianista tocará en uno de los instrumentos unidos entre sí por una corriente eléctrica merced á la cual todos producirán simultáneamente los mismos sonidos.

NUESTROS GRABADOS

D. Alvaro de Bazán, estatua de D. Mariano Benlliure. – Como todas las obras producidas por nuestro renombrado compatriota, la estatua del primer marqués de Santa Cruz, que ha poco se inauguró en la plaza de la Villa, de Madrid, es una escultura por todo extremo notable, así por la digna y severa actitud con que representa la noble figura del héroe de las Terceras, como por los primorosos detalles de ejecución que en la armadura del conquistador del Peñón de la Gomera se descubren, cualidades todas ellas que justifican los unánimes y entusiastas elogios que críticos é inteligentes prodigaron al celebrado escultor que, joven todavía, ha llegado á ser una de las personalidades más salientes de nuestro mundo artístico.

Estudio de J. F. Engel. – El nombre de este pintor alemán no es desconocido para los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que, entre otros, recordarán sin duda sus cuadros *El regreso de la abuelita* y *Día de fiesta*. De menos vuelo que éstos, aunque en su género de no menor valía, es el estudio que hoy publicamos, en el cual se advierten desde luego todas las condiciones que, hasta en la labor más sencilla, acreditan al verdadero arartista.

Bajamar en Rota, cuadro de D. José Lafita (premiado en la Exposición de Bellas Artes de Berlín). – Al igual de Cusachs, Navarro y otros más, José Lafita es uno de tantos distinguidos oficiales de nuestro ejército, que ha logrado singularizarse cultivando con entusiasmo la pintura. Lafita, aunque militar, no se ha dedicado especialmente á la representación de asuntos ó tipos que recuerden su profesión, ya que ha buscado en la naturaleza, en el mar, el tema constante de sus estudios, logrando merecido renombre de entendido marinista. Las varias Exposiciones nacionales y extranjeras á que ha concurrido y las recompensas que han alcanzado sus lienzos demuestran su competencia y las cualidades que posee para el género que cultiva. El bonito cuadro que publicamos, premiado en la última Exposición de Berlín, que representa la bajamar en Rota, es no sólo un interesante estudio, sino también una nota agradable y simpática, impregnada de esa poesía especial que se observa en los puertos andaluces.

Siesta, cuadro de D. Félix Mestres (Salón Parés). – Desde que Mestres expuso su primera obra hace pocos años, periódicamente ha ido dando muestras de sus adelantos y labriosidad por medio de interesantes estudios y nuevas producciones. El bonito lienzo que acaba de exponer en el Salón Parés y que reproducimos revela un progreso, pues en él ha podido el joven pintor Sr. Mestres vencer dificultades y sostener armónicamente, sin desentonación, la variedad de matices y el contraste de luz que ofrece la del sol á través de los árboles y la que se refleja sobre la dormida niña á través de la tela del quitasol que la cobija.

El lienzo figura en una de las colecciones particulares de Barcelona.

Dibujos del natural, por D. José Llovera. – Aunque tomados de los modelos que nuestra ciudad ofrece en las primeras horas de la mañana en los alrededores de nuestro principal mercado, los ejemplares reproducidos por nuestro querido colaborador Sr. Llovera no serán seguramente nuevos aun para aquellos de nuestros lectores que no conozcan *de visu* lo que son las domésticas barcelonesas. Débese esto á que la especie presenta en todas partes los mismos caracteres, usos y costumbres; pero débese también y muy principalmente á la maestría con que el artista ha sabido sintetizar en unas cuantas figuras los rasgos más salientes de toda la clase, merced á un espíritu de observación y de asimilación que ha hecho del Sr. Llovera uno de nuestros dibujantes y pintores más estimados. Su composición, además de ser copia fiel de la realidad, rebosa esa gracia y esa intención á que tan bien se presta el asunto y lleva el sello de elegancia, que es la característica del autor y del que no puede desprenderse ni aun tratándose de tipos esencialmente democráticos.

Leon Bonnat, presidente de la Sociedad de Artistas franceses. – Discípulo de D. Federico Madrazo y de León Cogniet, obtuvo Bonnat en 1857 un segundo premio en el concurso de Roma, viajó luego por Oriente y ganó medallas en los Salones de 1861, 1867 y 1869, en este último la de honor; fué condecorado con la Legión de Honor en 1867 y promovido á oficial en 1874. Hace poco ha sido elegido presidente de la Sociedad de Artistas franceses, uno de los honores más codiciados entre los que en Francia se dedican á las Bellas Artes. Entre sus principales obras merecen citarse *Adán y Eva hallando á Abel muerto*, que figura en el Museo de Lila; *Peregrinos á los pies de la estatua de San Pedro*, existente en la iglesia de San Pedro de Roma; *La Asunción*, destinada á la iglesia de San Andrés, de Bayona; *Mujer fellah y su hijo*; *Una calle de Jerusalén*; *Cristo*, que ocupa lugar preferente en una sala del Tribunal de lo criminal; un magnífico retrato de *M. Thiers*, y la *Juventud de Sansón*, que tan admirado fué en el último Salón de París y que oportunamente reproducimos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. — ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

— Permaneceré aquí, contestó Pendleton, no sin vacilar al pronto, ó más bien, no saldré de Europa hasta que la señorita Argüelles se halle... establecida..., quiero decir, añadió, corrigiéndose al punto, hasta que haya completado su educación extranjera y se familiarice con los usos y costumbres. Debo advertir á usted, amigo Hathaway, que me he constituído en cierto modo guardián de mi ex pupila. Yo ya soy viejo para alternar con los jóvenes pretendientes; pero entre los hombres de edad puedo pasar inadvertido. De todos modos, velo sobre la señorita Argüelles, y me considero responsable de ella, aunque, como es natural, tiene otros amigos y conocimientos más propios para su edad y sus inclinaciones.

— Supongo que no echará de menos la residencia del Rosario y que estará satisfecha de su protector, replicó Pablo con acento de convicción.

— Sí, amigo mío, presumo que sí, repuso el coronel con lentitud; pero algunas veces he pensado que sería mucho mejor que se cuidase de ella una señora de cierta edad é instruída. Creo que es la costumbre aquí. Matilde Woods es tan joven como Hierba; doña Ana es más entrada en años; pero el diablo me lleve si no tiene la cabeza tan ligera como una niña traviesa. Quiero decir que carece de la suficiente formalidad, y que no la considero capaz de sacrificarse por nadie.

— ¿De manera, preguntó Pablo, que doña Ana viaja con ustedes?

— Sí, ella y su hermano D. César; he consentido en ello porque me parece conveniente que se vea á la señorita Argüelles bien acompañada. En cuanto á mí, ¿querrá usted creer que muchos me han tomado por dictador de alguna de las turbulentas Repúblicas de la América del Sur, creyendo que soy dueño de uno ó dos millones de negros como Jorge?

Aunque el coronel se mostró más comunicativo durante la cena, no hizo la menor alusión referente al parentesco de su ex pupila, ni confidencia alguna, por lo cual Pablo presumió que la situación seguía siendo la misma que tres años antes. Pendleton habló de la popularidad de la señorita Argüelles como rica heredera y mujer encantadora, que era objeto de las más delicadas atenciones. No dudaba que había rechazado los más ventajosos partidos, por más que no le dijese una sola palabra sobre el particular, y reconocía su derecho de elegir lo que más le conviniera. Aunque mujer sensible, disgustábanle las lisonjas ó la adulación; no se le ocultaba lo que valía; y cuando encontrara el hombre que satisficiera su ambición y comprendiese su carácter, se casaría; pero no antes.

— Yo ignoro, continuó el coronel después de dar estos detalles, cuál será su ambición; solamente sé que el año pasado, cuando fuimos á visitar los lagos de Italia, cierto príncipe... no creo necesario citar nombres, cierto príncipe, repito, no solamente se mostró muy atento con la señorita Argüelles, sino que me dirigió preguntas muy significativas. Aquella fué la primera y única vez que hablé con mi ex pupila sobre semejante asunto; y sabiendo que no le era indiferente el príncipe, persona muy recomendable por cierto, preguntéle por qué no escuchaba sus proposiciones. «Mi pretendiente, dijo la señorita Argüelles sonriendo, no puede casarse sin renunciar á sus derechos de sucesión sobre una casa reinante, y yo no debo consentir en tal cosa.» Tales fueron sus palabras, amigo Pablo, y solamente puedo añadir que el príncipe marchó á los pocos días y no volvimos á verle. Debo advertirle también que mi ex pupila está perfectamente enterada de todo cuanto se refiere á las casas reales y á la nobleza; sabe cuáles son los privilegios de los duques, condes y marqueses; podría indicar el valor de sus dominios y á cuánto ascienden sus deudas, y conoce muy bien sus derechos. En el Rhin encontramos un joven lord inglés, cuyas niñadas y franco carácter parecieron complacer á la señorita Argüelles, é hiciéronse muy amigos; pero el joven noble quería que yo indujese á mi ex pupila á ir á visitar á la madre del pretendiente, en Inglaterra, á fin de que la viesen. La señorita Argüelles no quiso que la pasaran en revista, y contestó al lord que á él era á quien correspondería ir á ver á *su* madre, si...

— ¿Eso dijo?, interrumpió Pablo, mirando fijamente á Pendleton.

— Si la tuviera, caballero, si la tuviera, añadió el coronel apresuradamente, pues ya se sabe en general que la señorita Argüelles es huérfana.

Siguióse un instante de silencio: el coronel, apoyándose en el respaldo de su silla, se retorció el bigote; mientras que Pablo, mirando á otra parte, parecía absorto en sus reflexiones. Un momento después Pendleton tosió, retiró á un lado su vaso y miró á Pablo con expresión grave.

— Amigo Hathaway, dijo al fin, quisiera pedirle á usted un favor.

Era tan singular el cambio de tono en la voz, que Pablo miró sorprendido á su interlocutor, y hasta temió que hubiera sufrido repentinamente alguna perturbación moral ó física, lo cual podía explicarse por su avanzada edad.

— Mucho me complacería poder servir á usted en algo, amigo mío, contestó apresuradamente.

— Durante el tiempo que usted permanezca aquí, prosiguió el coronel, apenas es posible que no encuentre á la señorita Argüelles, y acaso suceda esto con frecuencia. Sería muy extraño que no fuese así, y seguramente daría qué decir. Prométame usted, bajo su palabra de caballero, que no hará la menor alusión á su pasado, ni hablará del asunto que usted sabe.

Pablo miró fijamente al coronel.

— Puede usted estar seguro, replicó, de que no tenía intención de hacerlo, pues creía que ese asunto estaba ya arreglado por usted de modo que no pudiera producirse dificultad alguna. ¿Debo entender que Hierba ha manifestado alguna inquietud sobre el particular? Por lo que me ha dicho usted respecto de sus planes y ambición, no puedo suponer que sospeche nada sobre los hechos verdaderos.

— Ciertamente que no, se apresuró á contestar el coronel; pero de todos modos, usted me ha dado ya su palabra.

— Le prometo, repuso Pablo después de una pausa, que no me referiré en lo más mínimo á esa cuestión, y que si Hierba me hiciera alguna pregunta de nuevo sobre el particular, lo cual es casi imposible, nada revelaré sin el consentimiento de usted.

— Muchas gracias, contestó Pendleton, sin mostrar aparentemente sincera satisfacción. Mi ex pupila llegará mañana.

— Creo que usted me dijo que estaría ausente algunos días.

— Sí, pero vuelve para despedirse de doña Ana, que también debe llegar con D. César, á fin de marchar después á París.

Pablo pensó de repente que la última vez que vió á Hierba fué en compañía del mejicano, lo cual no era una coincidencia agradable; mas no echó de ver que esto le producía mal efecto hasta que observó que el coronel le miraba.

— Supongo, dijo Pendleton, que nada le importa á usted el hermano.

Pablo estuvo á punto de confesar sus primeras sospechas sobre D. César; mas el temor de suscitar de nuevo la cuestión que el coronel parecía interesado en eludir le impuso silencio.

— No recuerdo, dijo, si he tenido alguna razón para mirar con malos ojos á D. César; pero lo sabré cuando vuelva á verle.

Con esto se dió al parecer por terminado el diálogo.

Pocos momentos después, el coronel llamó á Jorge, que estaba sin duda en alguna habitación lejana, y levantóse para despedirse.

— La señorita Argüelles, con su doncella y su criado, dijo, ocuparán sus antiguas habitaciones. Jorge ha dado ya las instrucciones necesarias, y yo permaneceré donde estoy; pero, como es natural, vendré aquí todos los días. ¡Buenas noches!

VI

A la mañana siguiente Pablo no pudo menos de observar que los dependientes del hotel le hablaban con un respeto exagerado. Preguntaban si *Su Excelencia* deseaba almorzar solo en su habitación; y el obsequioso mayordomo pareció extrañar que accediese á tomar el café con los demás en el salón público, adonde le precedió, dándole el título de *milord*.

Suponiendo que Jorge y Pendleton tendrían algo que ver con esta extravagancia, propúsose informarse cuando volviera á verlos; y por más que apenas se atreviera á confesárselo, la inesperada perspectiva de ver otra vez á Hierba preocupaba del todo su pensamiento. Desde su salida de California había alimentado la vaga esperanza de encontrar á la hermosa joven en algún punto de Europa; mas no podía imaginar que fuese tan pronto y de una manera tan sencilla.

Acababa de volver de su paseo de la mañana, y entregábase á sus reflexiones, arrellanado perezosamente en un sofá, cuando oyó un golpecito en la puerta; un momento después abrióla el criado, y adelantóse llevando una bandeja de plata con una tarjeta.

Pablo la cogió, estremeciéndose ligeramente, no porque acabase de leer el nombre de «María Concepción de Argüelles de la Hierba Buena,» sino porque en aquel momento recordaba el carácter de letra de la joven, que en la tarjeta había escrito con lápiz estas palabras: «Solicita el favor de una entrevista con Su Excelencia el subgobernador de las Californias.»

Pablo fijó en el criado una mirada interrogadora.

— La señorita espera en su salón, dijo el camarero; si Su Excelencia se digna pasar, tendré el honor de indicarle el camino. Está muy cerca.

Pablo siguió á su guía con cierto asombro; la puerta de la habitación más próxima estaba abierta, y permitía ver una sala lujosamente amueblada; una mujer encantadora que al parecer escribía, levantóse al punto y se adelantó con la sonrisa en los labios y la mano tendida: era Hierba.

Con su traje de viajera, su gracioso sombrero de color gris y su manto, la joven parecía tan hermosa como la última vez que la vió; y no obstante, Pablo experimentó cierta amargura al observar la familiaridad y donaire con que vestía, según la última moda parisiense, como si nunca hubiese usado el traje de su país. Por un momento recordó la sencillez encantadora con que la joven vestía cuando la vió en la casa del Rosario; pero esta idea se desvaneció al punto apenas Hierba pronunció una palabra.

— Confiese usted, dijo, que he sido muy atrevida, suponiendo que se hubiera tratado de otra persona, de una verdadera Excelencia, ó Dios sabe quién. Y lo peor es que, en medio de su ostentación, podía usted haber olvidado fácilmente á una de sus más humildes, aunque más fieles súbditas.

Al decir esto, la joven hizo una burlona reverencia, que aun en su encantadora exageración reveló á Pablo que ya habría hecho anteriormente otras más formales.

— Pero ¿qué significa todo esto?, preguntó, sintiendo desvanecer sus dudas y pareciéndole que no habían podido mediar tres años de separación desde la última vez qué vió á Hierba. Anoche me acosté como humilde ciudadano y esta mañana se me considera como un gran personaje. ¿Me han nombrado por ventura Comendador de alguna Orden, ó estoy soñando? ¿Me será permitido rogar á usted que me dé la explicación, si es que puede?

— ¿Quiere usted decir que no ha leído aún el *Anzeiger*?, preguntó la joven, tomando un diario alemán que estaba sobre la mesa y señalando un párrafo.

Pablo leyó rápidamente, y en una lista de los viajeros que acababan de llegar vió que se había comprendido su nombre: «Su Excelencia Pablo Hathaway, subgobernador de las Californias.» Entonces se aclararon de repente sus dudas.

— Esta es obra de Jorge, dijo, á quien vi anoche con el coronel.

— ¿Conque ya han hablado ustedes?, preguntó con una ligera alteración en el tono, que no pasó inadvertida para Pablo.

— Sí, contestó, le encontré en el teatro anoche.

Y ya iba á referir la escena que presenció, pero contúvose sin saber por qué; y un momento después pudo alegrarse de ello.

— Entonces todo se explica, dijo la joven, encogiéndose de hombros con infinita gracia. Ya tuve que reconvenir á Jorge una vez por haber hablado de mí hace tres meses; y el coronel, que parece completamente sometido á su criado hasta para hablar, no le ha reprendido nunca sobre este punto.

— Jorge podrá exagerar, en concepto de usted, al elogiarla ante sus amigos; pero seguramente bien se justifica cuanto él pueda decir.

Hierba, que comenzaba á quitarse el sombrero, detúvose un instante para mirar á Pablo con aire pensativo.

— ¿Le ha dicho á usted el coronel muchas cosas de mí?, preguntó.

— Muchas, y hasta creo que no hemos hablado de otra cosa. Por él he sabido los triunfos de usted, sus campañas y sus conquistas; pero sin duda no me lo ha dicho todo, y ardo en deseos de saber más.

La joven había dejado su sombrero sobre la mesa y volvió á sentarse.

— Quisiera, dijo, pedir á usted un favor.

— Concedido desde luego.

— Muy bien: este favor se reduce á que no me hable más de semejante asunto; figúrese que acabo de llegar de California, ó más bien, imagínese que no ha sabido nada de mí y que me encuentra por la primera vez. Sin duda se apresuraría usted á complacer á cualquiera señorita que le pidiera semejante merced, y de consiguiente, debo esperar que accederá á lo que solicito Segura estoy de que no ha pensado una sola vez en mí desde la última que nos vimos... No, permítame concluir, añadió, al ver que Pablo iba á interrumpirla. ¿Por qué, pues, me ha de hablar de lo que no parecía interesarle entonces? Prométame no evocar recuerdos, y yo, en cambio, no solamente no le molestaré con mis reminiscencias, sino que procuraré que no lo hagan los demás. Háblame usted de sí mismo y de su porvenir, de todo menos de mi persona, y yo olvidaré á los príncipes y barones que tanto entusiasman al coronel, para consagrarme solamente á usted mientras permanezca aquí. ¿Le conviene esto á Su Excelencia?

Con las rodillas cruzadas, apoyando la mano en ellas é inclinando su silla hacia adelante, en la misma actitud en que Pablo la vió en la casa del Rosario, esperaba la contestación.

— Perfectamente, contestó Hathaway.

— ¿Cuánto tiempo estará usted aquí?

— Unas tres semanas; creo que es el tiempo necesario para mi restablecimiento.

— ¿Está usted verdaderamente enfermo, repuso Hierba con acento tranquilo, ó es que se lo imagina?

— Viene á ser lo mismo; pero mi curación podría abreviarse, añadió, fijando una mirada brillante en su interlocutora.

Hierba no separaba sus ojos de Pablo, y los dos se miraron silenciosamente durante breves momentos.

— Es decir, dijo la joven al fin, que está usted mejor de lo que pensaba. Muy á menudo sucede así. En fin, añadió, cambiando de tono, ya estamos convenidos. Puede usted hacer el uso que guste de esta sala y entrar y salir cuando le convenga. ¡Ah! Todavía podríamos hacer hoy alguna cosa. ¿Qué le parece un paseo por el bosque á caballo esta misma tarde? Matilde no ha llegado aún; pero esto no impide que usted me acompañe, por más que llamemos la atención.

— Pero, replicó Pablo, tengo entendido que usted espera visitas; D. César... quiero decir, doña Ana y su hermano deben venir á despedirse.

Hierba miró á Pablo con expresión de curiosidad, pero sin manifestar la menor emoción.

— El coronel Pendleton, repuso con acento tranquilo, debió añadir que se hospedarían aquí esta noche; y como es de presumir, nosotros volveremos antes de la hora de comer; pero nada tiene usted que ver con esto, y bastará que venga á las tres. Yo me cuidaré de los caballos, pues con frecuencia alquilo alguno para pasear, y todos conocen aquí ya mis aficiones y costumbres. La excursión será deliciosa; hablaremos mucho, y le enseñaré unas ruinas que he visitado.

Así diciendo, ofreció su mano con infantil sonrisa; Pablo se inclinó, estrechándola afectuosamente, y despidióse.

Cuando estuvo en su habitación, solamente pensó en evitar á toda costa otra entrevista con el coronel hasta después de su paseo con Hierba. Cumpliría su palabra de no hacer la menor alusión respecto á la familia de la joven ó á su pasado, asunto de que, en su concepto, era ya inútil tratar; mas esperaba, gracias á su conocimiento de los hechos, hallar medio para averiguar cuáles eran las ideas de la joven, ó granjearse su confianza durante el paseo. Aceptaría de todos modos sus condiciones, y si se había trazado últimamente algún plan, lo descubriría. En el caso de que Hierba se interesara por él de algún modo, no era posible que persistiera más tiempo en su amistad ficticia, y en una palabra, juzgaba ya indispensable aclarar la situación.

Ausentándose del hotel, evitó fácilmente la visita de Pendleton hasta la hora señalada, y llegado el momento, acudió presuroso á la cita. Hierba se había vestido muy sencillamente, como si comprendiera que esto sería más del gusto de Pablo y más propio para no llamar la atención; pero aquella sencillez realzaba más aún su belleza. Pablo agradeció la atención, y aunque, como la mayor parte de los admiradores artísticos del bello sexo, no considerase que la mujer á caballo fuese un espectáculo armonioso, no pudo menos de enmudecer ante los encantos de la linda amazona.

Los dos jóvenes eran diestros en la equitación, porque habían aprendido en buena escuela; los caballos, reconociéndolo sin duda así con su peculiar instinto, obedecían dócilmente á la mano, y la conversación, comenzada muy pronto, prosiguió sin la menor interrupción. Pablo, recordando la anterior indicación de su compañera, habló solamente de sí propio, de su posición y de sus esperanzas; dijo que su salud le había obligado últimamente á renunciar por algún tiempo á la política y á las ocupaciones; que gracias á su buena suerte en varios asuntos, era socio de un Banco muy acreditado, y que por el pronto veía colmadas todas sus esperanzas. Hierba escuchó algún tiempo con el mayor interés y atención, pero al fin quedó pensativa.

— ¡Quisiera ser hombre!, dijo de repente, después de una pausa.

Pablo miró á la joven con la mayor atención, cual si quisiera leer en el fondo de su pensamiento, y por primera vez creyó notar en el timbre de su voz un acento apasionado, que contrastaba singularmente con la expresión serena de su fisonomía.

— Como no fuera para dominar mejor su caballo, dijo, no sé para qué desearía usted ser hombre; y si he de hablar con franqueza, no creo del todo lo que dice.

— ¿Por qué?

— Porque ninguna mujer quisiera ser hombre, á menos de estar convencida de que no puede distinguirse entre su sexo.

— ¿Y quién le dice á usted que yo no lo esté?, repuso Hierba, deteniendo su caballo y mirando á su interlocutor fijamente.

Pablo pensó tal vez que la joven estaba á punto de hacerle alguna confesión; pero Hierba pareció adivinarlo, y desvaneció al punto su ilusión, dejando escapar una carcajada.

— Vamos, repuso, no hable usted de esas cosas. La observación que acaba de hacer tiene más bien el carácter de un cumplido, y por tal lo tomo. Sigamos ocupándonos de usted. ¿Cómo es que, haciendo uso de su influencia política, no ha pensado en solicitar algún cargo diplomático?

— No es cosa que me agrade; ciertas funciones sociales son para mí absurdas, y yo no quisiera de ningún modo ser objeto de envidia y de rencor para algunos republicanos ricos, como varios amigos de usted, que buscan elevadas posiciones en las cortes extranjeras.

— No es muy halagüeño para mí ese discurso, pero sin duda yo tengo la culpa de haberlo provocado... No, no me dé usted excusas, pues prefiero con mucho esa franqueza á los más rebuscados cumplidos. De todos modos, creo que usted es bastante diplomático.

— Una vez me hizo usted el honor de creerlo así, cuando era simplemente el hombre más torpe, por no decir un necio, replicó Pablo con acento de amargura.

Hierba guardó silencio un instante, ocupada al parecer en arreglar la brida de su caballo.

— ¿Cree usted que fué torpe?, preguntó con dulce acento.

Pablo se acercó más á su compañera.

— ¡Qué diferencia hay entre la vegetación de aquí y la que tenemos allá!, continuó la joven sin levantar los ojos y señalando la hierba que crecía á orillas del camino. No hablo de la cultivada, pues supongo que se necesitan siglos para obtener los prados que he visto en Inglaterra; pero aun aquí las simples hierbas parecen estrujarse, cual si hubiera demasiadas, como sucede con la población; y este bosque, que siempre fué salvaje y que antes era un parque de caza, tiene un aspecto que yo compararía con el de una persona cansada de la existencia y de una vida monótona. Yo creo que allí la naturaleza influye en nosotros; mientras que aquí el hombre es quien influye en ella.

— A mí me parece que una buena parte de la naturaleza viene de América para ese objeto, dijo Pablo distraídamente.

— Y yo creo que está usted faltando á su promesa y que disparata un poco, replicó Hierba con marcada acrimonia.

Sin embargo, por alguna oculta razón, dulcificóse después el tono en el diálogo, y los dos jóvenes prosiguieron su camino en la mejor armonía. Cuando Pablo volvió á mirar á su compañera, creyó leer en sus ojos una expresión de reproche á la vez que de simpatía, y observó también que sus mejillas se habían teñido de un ligero carmín.

— ¡Ah!, exclamó de pronto Hierba, señalando con su látigo un grupo de colinas, algo lejanas aún, que se divisaban á través de un claro del bosque, ¿ve usted aquella cosa blanca, que parece un espacio cubierto de nieve en la falda de la última colina?

— Sí.

— Pues bien: aquello es la quinta que yo he visitado muy á menudo.

— ¿Tanto le agradaba? ¿Ha sido usted feliz allí?, preguntó Pablo, mirando á la joven con expresión de inquietud.

— Sí; y ya que no me hace preguntas indiscretas, le diré que en esa quinta vive una señora de edad, la mujer más amable y bondadosa que he conocido. Siempre me trató con la mayor benevolencia, y no teniendo hija alguna, creo que me consideraba á mí como tal. Comprendo hasta qué punto se podría querer á una mujer así, y lo útil que sería su sociedad para una joven. Usted se ríe, Sr. Hathaway, pero es porque ignora cuántas ventajas reportaría á una niña tener semejante madre.

Pablo se sonreía, pero era solamente para ocultar su inquietud al ver que Hierba iba á entrar en la cuestión de que le estaba vedado tratar.

— En cierto modo, acabo de hacer una confesión, continuó la joven, y ahora, si el coronel le habla otra vez de mis conquistas de condes y duques, ya sabrá usted que mi afecto está concentrado en la madre de un barón. Debo añadir que en mi opinión no dejará de ser grato para una dama poder ostentar un título nobiliario; mas yo no hago gran aprecio de estas cosas. ¡Qué lástima que sea usted huérfano, como yo, caballero Hathaway! No sé por qué imagino que su madre debió ser una señora muy cumplida, y seguramente le transmitió á usted mucho de su buen tacto y talento; pero mejor habría sido que se lo hubiese legado en moneda corriente, pues así podría compartirla conmigo.

Estas palabras de la joven, dichas en tono de broma y con la sonrisa en los labios, podían significar mucho, y enardecido Pablo, acercóse más á su compañera; pero ésta picó espuelas á su caballo y adelantóse un gran trecho.

— Aún nos falta ver las ruinas, dijo, cuando Pablo estuvo otra vez á su lado; será preciso seguir por la derecha; pero si quiere usted examinarlas bien, no hay más remedio que apearse al llegar á la pendiente y andar un poco. No sé que haya historia ó leyenda alguna sobre esas ruinas, pues he buscado en la *Guía* y nada dice; pero usted puede inventar lo que quiera.

Un momento después desmontaban junto á un ligero declive, al pie del cual veíase un antiguo camino de herradura, entonces cubierto de maleza; ataron las bridas de los caballos á un arbusto, y cogidos de la mano, como dos niños, franquearon la pendiente.

Algunos escalones de piedra desgastados por la acción del tiempo, parte de un arco derruído, los restos de una bóveda y un lienzo de pared con una brecha: he aquí todo lo que constituía aquellas ruinas... No todo, pues junto al muro derrumbado había un precipicio profundo, en cuyo fondo yacían en mal revuelta confusión restos de torrecillas, de paredes y de un baluarte.

— Seguramente, dijo Pablo, acercándose al lienzo de pared y mirando el fondo del abismo, estas ruinas no se deben á la acción del tiempo; yo diría que son obra de la pólvora.

— La verdad es que no tienen mucho de poético, repuso Hierba: vistas de cerca estas ruinas causan dolorosa impresión en el ánimo y le llenan de una tristeza indefinible acompañada de mortificante curiosidad por conocer su origen; yo las había visto siempre desde el camino, y ahora siento no haberme acercado nunca. De todos modos, á mí me parece que aquí habrá ocurrido alguna catástrofe, ó por lo menos algo digno de contarse. ¿No lo cree usted así?

(Continuará)



Algunas flores blancas prendidas sobre el pecho, compañeras de la que él llevaba en el ojal, completaban el adorno de Hierba (pág. 76)

SECCIÓN CIENTÍFICA

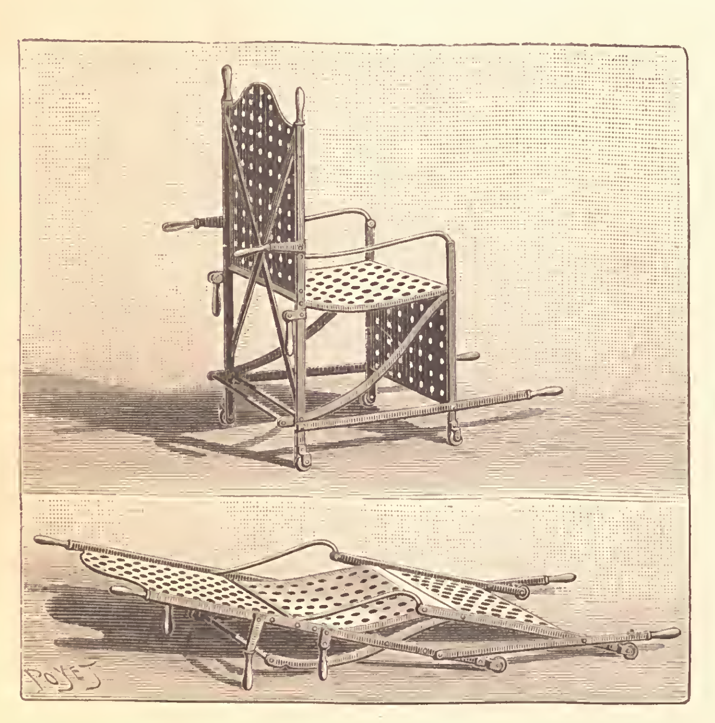
LAS INSTITUCIONES SANITARIAS DE PARÍS (1)

ESTACIONES DE AMBULANCIAS

Las instituciones sanitarias de la ciudad de París, que hemos descrito en nuestros anteriores artículos, tienen por complemento dos estaciones de ambulancias, situadas en las calles de Stael, 6 y de Chaligny, 21 y destinadas á permitir la conducción de enfermos de su domicilio al hospital, especialmente en el caso de enfermedades transmisibles. Ya la Prefectura de policía había organizado y posee aún unos coches bastante incómodos para este servicio, y sabido es que una sociedad particular dispone también de vehículos para igual objeto. Los establecimientos sobre los cuales llamamos la atención dependen, como los asilos nocturnos y las estaciones de desinfección, de la dirección de los negocios municipales de la Prefectura del Sena, y ofrecen garantías y ventajas incomparablemente superiores á los otros citados.



Fig. 1. Coche de las nuevas estaciones de ambulancias de París para la conducción de los enfermos
1. Vista del coche en conjunto. - 2. Vista del interior del coche. Detalle de las parihuelas en forma de cama. 3. Parihuelas en forma de sillón


Fig. 2. Parihuelas para la conducción de enfermos en los coches especiales de la ciudad de París (Prefectura del Sena). En la parte superior, parihuelas plegadas en forma de sillón; en la inferior, las mismas parihuelas tendidas en forma de cama.

La estación de la calle de Stael está exclusivamente destinada á este servicio; la de la calle de Chaligny comprende además una estación de desinfección: ambas cuentan con un edificio separado para oficinas y habitaciones del jefe de la estación y de los enfermeros, y con cuadras y cocheras, con viviendas para los hombres del servicio, dispuestas de tal modo que la desinfección de los coches pueda verificarse en un patio y en una cochera especiales. Los coches entran por una puerta y salen por otra.

Los coches de estos establecimientos están destinados al transporte de todos los enfermos, sea al hospital, sea á su domicilio, sea á cualquier otro sitio previamente designado; unos, en número de cinco en cada estación, sirven para las enfermedades transmisibles (difteria, sarampión, escarlatina, viruela y fiebre tifoidea); otro se utiliza para las enfermedades no infecciosas. Todos son de cuatro ruedas y van tirados por un caballo (fig. 1). Los ángulos interiores están redondeados, las paredes son de palastro pintado y barnizado y las celosías de las portezuelas se deslizan sobre correderas horizontales. Dentro del coche hay un asiento de metal flexible para la enfermera y las parihuelas para al enfermo: un llamador de caucho pone en comunición á aquélla con el cochero. El vehículo no contiene nada para el transporte de los vestidos y ropa de cama del enfermo, pues este servicio incumbe á la estación de desinfección; en invierno, la calefacción se hace por medio de caloríferos de agua hirviendo.

Cada coche puede transportar un enfermo adulto ó dos niños atacados de la misma afección transmisible. La portezuela la cierra el cochero, que se guarda la llave; pero puede abrirse desde el interior, de modo que no hay peligro de que ningún extraño la abra por equivocación.

Para la conducción de enfermos era preciso disponer de unas parihuelas fácilmente desinfectables que pudieran recibir al enfermo desde su propio lecho y dejarlo en el del hospital sin necesidad de transbordo; pero en la práctica no sucede así generalmente; las parihuelas de uso ordinario no pueden subir á los pisos, por lo que el enfermo debe ser conducido muchas veces en silla ó en parihuelas diferentes á la calle ó al hospital. Además, si se trata de una enfermedad infecciosa, la silla ó las parihuelas pueden convertirse en objetos de transmisión.

Estas dificultades han sido vencidas por el aparato siguiente, construído por M. Herbet según las indicaciones de un jurado especial encargado del examen y elección de los coches. Las parihuelas usadas en las estaciones de ambulancia (fig. 2) son articuladas de modo que el enfermo puede permanecer sentado ó tendido, sin necesidad de molestarse, bajando las escaleras en silla-parihuela y permaneciendo en cama-parihuela dentro del coche. La cabeza del enfermo descansa en un almohadón de crin animal que puede pasar indefinidamente á la estufa. Una vez descendido el enfermo, se colocan las parihuelas sobre ruedas, con lo cual se facilita la introducción ó extracción por medio de los rieles dispuestos en el interior del coche.

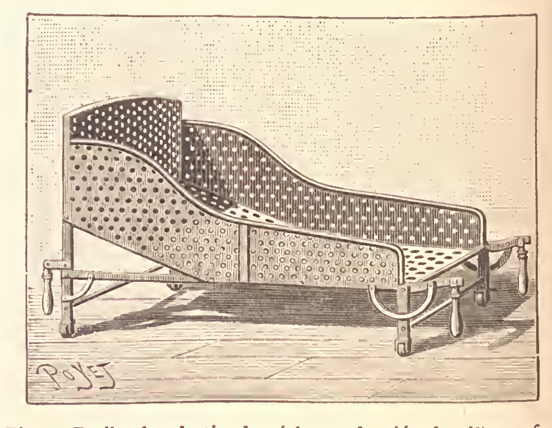
Estas parihuelas son de palastro pintado y barnizado; el tablero, de metal, está agujereado por el sacabocados á fin de que el aparato pese menos. Para los niños se utilizan unas parihuelas en forma de carretilla (fig. 3). Claramente se comprenderá que estos aparatos son los de más fácil desinfección.

He aquí cómo se efectúan los transportes:

Cada estación comprende un jefe, dos enfermeras, dos cocheros y un mozo de cuadra. Las enfermeras, que tienen su correspondiente título de tales, se ponen para las conducciones una blusa de algodón crudo, muy ajustada al cuello y á las muñecas, que les llega hasta los pies y se abrocha en toda su longitud, y cubren su cabeza con una capellina de algodón que ajusta perfectamente su cabellera y cae sobre el cuello.

El traje de servicio de los cocheros consiste en blusa y pantalones de algodón, que llevan sobre las prendas de su traje ordinario, y en una gorra de tela encerada que puede lavarse fácilmente con una solución desinfectante. La demanda de un coche puede hacerla el público de palabra, por carta, por telégrafo ó por teléfono: apenas recibido el aviso, el jefe de la estación por medio de timbres eléctricos previene al cochero y á la enfermera, indicándoles, según el número de llamadas, el vehículo que se ha de enganchar; siendo de advertir que los coches están siempre dispuestos para ponerse en marcha y que hay constantemente un caballo con los arreos puestos. En la oficina existe una lista que indica el hospital adonde deberá ser conducido el enfermo, según la naturaleza de su mal. A los tres minutos de recibido el aviso ya está en movimiento el coche, que bajo ningún pretexto puede detenerse en el camino.

Llegado el vehículo al domicilio indicado, la enfermera sólo se encarga del transporte mediante un certificado del médico que demuestre el carácter contagioso de la enfermedad. El coche, después de dejar al enfermo en el hospital, vuelve á la estación, entrando en el patio de la desinfección, que se verifica por medio del pulverizador de que hemos hablado en el segundo artículo. Los trajes del cochero y de la enfermera son llevados á la estufa. El vehículo con las parihuelas vuelve á la cuadra, y la enfermera, antes de penetrar en su habitación, pasa á un tocador, en donde se lava con desinfectantes (sublimado al 1 por 100 ó agua fenicada al 2 por 100), cuidando de cepillarse muy bien las manos y las uñas.


Fig. 3. Parihuelas destinadas á la conducción de niños enfermos en los coches especiales de la ciudad de París.

Estos servicios, como era de esperar, son cada día mejor apreciados. En 1889 las estaciones de ambulancias de París transportaron 66 enfermos, entre ellos 48 contagiosos; en los once primeros meses de 1891 los enfermos transportados fueron 6,902, siendo de ellos contagiosos 1.103.

Como se ve por los artículos que hemos publicado, pocas ciudades presentan hoy medios tan ingeniosos y tan prácticos para la profilaxia de las enfermedades transmisibles como los que posee París, y de desear sería que el ejemplo fuese imitado en todas partes; que al fin y al cabo la salud y la vida son los principales elementos de prosperidad de los pueblos.

DR. A. J. MARTIN

(De *La Nature*)

(1) Véanse los números 527 y 528.

EL FAMOSO CALCULADOR M. INAUDI

M. Darboux ha presentado recientemente en la Academia de Ciencias de París á ese joven, cuyo retrato publicamos y que es un verdadero prodigio en materia de cálculos numéricos, los cuales realiza mentalmente y con una rapidez increíble por complicados que sean. He aquí algunos de los problemas que se le plantearon. Vuelto de espaldas á la pizarra M. Inaudi, M. Darboux escribió en ésta las dos cifras siguientes que enunció en alta voz:

4.123.547.238.445.523.831
1.248.126.138.234.128.910

y preguntó al calculador cuál era la diferencia entre ambas. M. Inaudi invitó á los concurrentes á que hablaran entre sí y con él ínterin que sin mirar á la pizarra efectuaría la operación. Así lo hacen, y mientras conversan, le preguntan fechas de acontecimientos antiguos y le hacen decir qué día de la semana era el 8 de agosto de 1840, cuando de repente M. Inaudi declara que la cifra pedida por M. Darboux es

2.875.421.100.211.394 921

Interrogado luego acerca de cuál era el número cuyo cubo sumado á su cuadrado da la cifra 3.600, contesta inmediatamente que el 15. M. Poincaré le planteó el siguiente problema: «Elevado al cuadrado el número 4.801, restando del resultado 1 y dividiendo la diferencia por 6, ¿cuál será la raíz cuadrada del número resultante?» Después de haber declarado que la operación sería algo larga, es decir, tres ó cuatro minutos, M. Inaudi explica por qué método ha realizado la sustracción antes referida, y sin mirar á la pizarra repite las formidables cifras y la resta ó diferencia entre las mismas; de pronto exclama: «Ya he dado con la solución del problema: el número pedido por M. Poincaré es 1.960,» como así es en efecto. Finalmente, M. Darboux propone la multiplicación de 452 por 538: Inaudi la hace instantáneamente, y hecha la prueba por 9 resulta la cifra 243.176 indicada por el calculador.


M. INAUDI, famoso calculador

Inaudi fué en su infancia pastor en Turena. La prodigiosa facilidad con que verifica los más arduos cálculos y resuelve los más difíciles problemas es, por decirlo así, una cualidad innata en él; vínole casi inconscientemente, según él mismo declara, cuando poniéndose la mano en su frente dice: «Aquí está, pero las soluciones se me presentan sin saber cómo.»

Los procedimientos que para calcular emplea son completamente suyos y en realidad sumamente complicados: mediante ellos obtiene sus soluciones milagrosas con mucha más seguridad y mucho más lógicamente que por medio de los procedimientos lógicos y simplificados de la escuela que son de uso corriente.

Inaudi, que había causado la admiración de todo París cuando en 1881 le presentó por vez primera en aquella capital el doctor Broca en las sesiones que tuvieron lugar en la Sociedad de Antropología y en la sala de conferencias del bulevar de los Capuchinos, cuenta actualmente veinticuatro años.

Sus facultades se han desarrollado aún más desde entonces, habiendo alcanzado toda su plenitud.

Desde hace poco se ha dado á conocer como matemático de primer orden y, según hemos dicho, resuelve las ecuaciones de una, dos y tres incógnitas sin tener la menor noción de álgebra.

La Academia ha nombrado para estudiar este verdadero fenómeno una comisión, compuesta de MM. Darboux, Poincaré, Tisserand y Charcot.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores.

LOS ABONOS, *por Aniceto Llorente.* – El señor Llorente, doctor graduado en Ciencias naturales y catedrático de Agricultura del Instituto de Burgos, dice en el prólogo de su obra: «La aplicación de la ciencia á la agricultura, el perfeccionamiento de los métodos de cultivo y el *empleo racional de los abonos* para llegar á obtener grandes rendimientos, es el único medio de sostener esta competencia (la de los países vírgenes) que lleva camino de arruinar por completo nuestra decadente agricultura.» En nuestro sentir, el libro por él publicado responde perfectamente al logro de tan importante objetivo, y es indudable que de su lectura han de sacar muy útiles enseñanzas nuestros agricultores, que mejor que nosotros pueden conocer la importancia de las materias con tanta competencia tratadas por el Sr. Llorente. Véndese el libro al precio de cinco pesetas en la imprenta de Sucesor de Arnáiz, plaza de Prim, 17, Burgos.

* *

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.*— Los cuadernos 50 y 51 de esta importante obra contienen, además del correspondiente texto de interesante lectura, cuatro fototipias que representan: una puerta de la casa Zaporta, un detalle del techo de la sala de Santa Isabel del palacio de la Aljafería, un ángulo de un techo del propio palacio y los retratos de los autores y además un fotograbado en el que se reproduce un detalle de la puerta de entrada del salón del trono del palacio mencionado.

Suscríbese á esta obra, al precio de una peseta el cuaderno en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, Zaragoza, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

* *

LA TORRE NUEVA DE ZARAGOZA, *por Anselmo y Pedro Gascón de Gotor.*—Una nueva lanza en favor de este importante monumento acaban de romper esos dos animosos é ilustrados jóvenes, que tantas pruebas de amor y de entusiasmo tienen dadas á su ciudad nativa, con la publicación de un folleto en que se relatan los principales hechos y polémicas que ha originado y origina aún la cuestión del derribo de la torre nueva, contra la cual protestan con toda energía en nombre de la historia y del arte los Sres. Gascón de Gotor.

Véndese al precio de 1'50 pesetas.



LEÓN BONNAT, célebre pintor francés,
recientemente elegido presidente de la Sociedad de artistas franceses

* *

HISTORIETAS, *por Angel Pons.* – El nombre del célebre caricaturista español es demasiado conocido para que sea necesario tributar elogios al libro en que ha coleccionado algunos de esos chispeantes dibujos publicados en los principales periódicos humorísticos añadiéndoles varios completamente nuevos. En él aparecen en toda su plenitud las cualidades de gracia é intención al concebir y de facilidad y espontaneidad al ejecutar, que han hecho del lápiz de Pons elemento indispensable para uno de los géneros de ilustración más difíciles, en el que pocos en nuestra patria aventajan al autor de *Historietas.* Este tomo, que no vacilamos en recomendar á los que quieran pasar más de un buen rato, ha sido editado por D. Fernando Fe, de Madrid, y se vende al precio de 3'50 pesetas en las principales librerías.

* *

ADVERTENCIA

Siendo muchas las personas que nos envían artículos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad material de contestar á todas, debemos hacer presente:

1.° Que sólo contestaremos á aquellas cuyos trabajos sean aceptados.

2.° Que no devolvemos los originales recibidos, aunque no los insertemos.

3.° Que sólo pagaremos los artículos directamente solicitados por nosotros.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN